



Ramón Manuel Garriga

Marina de Nazareno

1898

MARIA DE NAZARETH

MARÍA DE NAZARETH

POR

D. RAMÓN MANUEL GARRIGA Y NOGUÉS,

Catedrático de la Universidad de Barcelona



BARCELONA

TIPOGRAFÍA DE LA CASA DE CARIDAD

Montealegre, número 5

1898

Á MARÍA

Este libro, que por su objeto debiera escribirse en letras de oro trazadas por mano de serafín, no es resultado de lucubraciones filosóficas ni de profundas meditaciones, sino expresión sincera de un espíritu católico, alimentado con las verdades de la divina religión del Crucificado, y de un corazón entregado completamente al amor que inspiran al alma creyente la admiración de tus virtudes y el conocimiento de las inefables gracias que en Ti, como arca santa y tabernáculo celestial, depositó la omnipotente diestra del Dios de la Majestad y de la Gloria. Si mi escaso saber igualara á mi recta intención, hubiéralo escrito, más que con palabras, con suspiros, y hubiera trocado las hojas del papel en nítidos brillantes para engarzarlos en tu imperial corona.

Quisiera poseer el florido lenguaje y elegante estilo que usaron el rey Salomón y el profeta Isaías al celebrar el primero tus místicos amores en el *Cantar de los Cantares* y al anunciarte el segundo como la Virgen que había de traer del Cielo á la tierra al Mesías, Redentor de los hombres, Príncipe de la Paz y Rey inmortal de los siglos, el cual había de convertir el mundo, plagado de vicios, en frondoso jardín de hermosas virtudes.

Al depositar al pie de tu excelso trono esta obra, manifestación espontánea del acendrado amor que Te profeso, Te suplico que la admitas benigna y Te dignes bendecirla, para que la divina gracia que por este eficaz medio le comuniques, sea motivo de que aumente el número de tus admiradores y devotos y crezca en mi espíritu el culto y veneración que constantemente Te rinde tu humilde hijo

El Autor.

I

PRELIMINARES.—ESTADO DEL MUNDO PAGANO.—PROFECÍAS BÍBLICAS.

El águila imperial romana se ostentaba en todas las naciones del mundo antiguo como emblema de dominio universal. El emperador Augusto, después de domeñar á todas las gentes y arrastrar tras su carro triunfal á sus vencidos enemigos para que fueran befa y escarnio de la servil y aduladora plebe, había sido aclamado *Padre de la Patria* y *Príncipe del Senado* y adorado como *dios*, dándose al olvido sus asquerosos vicios y nefandos crímenes, con cuya perpetración no perdonaba ocasión propicia para satisfacer su insaciable gula y desenfrenada lascivia, hasta el punto de repudiar á su esposa Escribonia y robar á Livia, consorte del padre de Tiberio,

y sacrificar sobre el ara de César á trescientos senadores de Perusa. Dueño absoluto del mundo entonces conocido y sometido á su imperio, que constaba de ciento veinte millones de habitantes, la mitad de ellos esclavos degradados, y que comprendía de E. á O. desde la Siria á la Bretaña y de N. á S. desde el Danubio hasta los desiertos arenales del Africa, hizo cerrar por tercera vez el templo de Jano, mostrando así, según expresión de Plinio, *la inmensa majestad de la paz romana*.

Tiberio, á quien los historiadores apellidan *πηλὸς αἵματι πεφυρμένος*, *lodo mezclado con sangre*, dueño de la voluntad del Senado, cuya vileza llegó á indignar á este monstruo al compararla con la nobleza y majestad del antiguo Senado romano, retirábase en determinadas épocas del año á la isla de Caprea para entregarse á los más livianos placeres que mancharon su debilitado cuerpo con asquerosas llagas y afearon su negra alma con los

más reprobados sentimientos. Convertido el imperial palacio de la isla en oriental serrallo, los innumerables y envilecidos esclavos se dedicaban á arrebatár honestas doncellas y recatadas esposas para ofrecerlas al déspota como víctimas inocentes sacrificadas en sus continuas y repugnantes orgías, en las cuales los infames *espíritus*, pródigamente retribuídos, inventaban nuevos incentivos para prolongar el placer de la lujuria.

Mandaba por puro capricho y con furor insano quitar la vida á millares de hombres indefensos y tiernos niños, contestando á las muestras de desprecio y gritos de indignación que semejantes actos de crueldad arrancaban: «Que me odien, con tal que me obedezcan.»

No era menos despreciable Calígula, enfermizo, epiléptico, á quien prestaban adoración y construían templos, en cuyas aras se sacrificaban los hijos á presencia de sus padres y se inmolaban de una vez ciento sesen-

ta mil víctimas para que Júpiter, suprema divinidad pagana, le concediera la curación de sus dolencias. Los departamentos principales del palacio de este emperador eran el comedor y el tálamo: en aquél se le servían diariamente los más exquisitos manjares, traídos algunos á peso de oro de puntos muy distantes, y en éste, centro de los más escandalosos accesos de lujuria, llegó á pedir que descendiera la luna para hacerla partícipe de su lecho. Los pretorianos estaban encargados de vigilar el sueño de su caballo *Incitato*, al cual habían de servir avena mezclada con perlas en pesebre de marfil y tratarlo como cónsul, dignidad concedida por el emperador su dueño. En su desenfrenada lujuria llegó á ser incestuoso, casándose con su hermana, cuya estatua hizo colocar en los templos al lado de las que representaban á las divinidades.

Nerón, *monstruo de la humanidad*, que sucedió en el trono imperial al débil y afeminado Claudio, recibió plá-

cemes del envilecido Senado por haber ordenado matar á su madre Agripina, á su esposa Octavia, á los ilustres poetas Petronio y Lucano y á su celoso maestro Séneca. Descendía del trono imperial al teatro, donde representaba como un vil histrión, acompañado de los caballeros y senadores que hacían de bufones, obteniendo los serviles aplausos del público. Entre sus inauditas crueldades refiérese que, después de incendiar la ciudad de Roma, sobre sus ruinas se hizo construir un soberbio palacio de oro.

Si deplorable era el estado político de la capital del mundo en tiempo de los primeros emperadores, no era más lisonjero su estado intelectual.

Los romanos conocieron todos los sistemas filosóficos de la Grecia, pero sintieron especial predilección por las teorías de Epicuro y Cenón, fundadores del Epicureísmo, expuesto en hermosos versos por Lucrecio en su poema titulado *De rerum natura*, y practicado por Catón de Utica, y del Estoicis-

mo, por otro nombre filosofía del Pórtico.

Epicuro hacía consistir la felicidad en el placer. En su concepto, la ciencia y la filosofía no tienen por objeto el conocimiento de la verdad absoluta, como pretendía Platón, sino el cultivo de la razón para llegar al conocimiento de cuanto puede proporcionar mayor suma de goces al hombre y librarle de todo dolor y molestia. Según este sistema, el alma humana no es espiritual, sino una substancia material muy sutil; la sociedad tiene por base y fundamento el interés y el egoísmo, cesando, en su consecuencia, el espíritu de asociación y de familia cuando no ofrece ventajas positivas al individuo, y, finalmente, la justicia es una idea quimérica contraria al bien y al interés particular.

El Estoicismo no admitía más substancias que la material, y Dios mismo no era para los sectarios del Pórtico sino un principio activo corporal é inteligente que da forma á la

materia. Proclamaba la indiferencia en la esfera moral, y en su consecuencia el hombre, nacido para ser feliz, tiene derecho al suicidio, si juzga que ha de librarle de los dolores y contradicciones de la vida.

El hombre degradado y envilecido por asquerosas pasiones y nefandos crímenes, la mujer prostituída, la familia sin lazos de unión; el derecho hollado y dependiente de la voluntad soberana del Emperador del mundo, monarca despótico y cruel; la filosofía, ora sensualista, ora materialista; la religión pagana elevando á la categoría de dioses á los seres más abyectos y despreciables; el arte ofreciendo como ideal del poder á un dios usurpador é incestuoso y como símbolo de la belleza á la voluptuosa Venus, personificación del amor degradado y embrutecido; divinizadas y adoradas las más bajas pasiones, la embriaguez, el robo, la usurpación, el adulterio y el incesto: tal era el estado de la sociedad romana. Parecía que el genio de

las tinieblas tendía sus negras alas sobre la tierra, obscureciendo con las densas nubes de su letal aliento la pura atmósfera del sol de justicia; y la paz de Roma, impuesta férreamente á todos los pueblos, semejaba el silencio de un inmenso cementerio que abarcara todos los confines del mundo. Esa era la Roma, *dea terrae gentiumque*, cuya moral parece haberse sintetizado en el epitafio del torpe y afeminado Sardanápaló:

Ede, bibe, lude; post mortem nulla voluptas.

El hombre se había olvidado de su Dios; pero Dios, que en su infinita sabiduría é inexcrutables designios había permitido que el mundo por él creado cometiese los más oprobiosos crímenes que sin su protectora providencia le hubieran conducido á total ruina y completa desolación, no se había olvidado del hombre.

El pueblo hebreo, aquel pueblo que, en sentir del sublime profeta Isaías, era más ingrato que las bestias, por-

que, según su expresión, «el buey conoce á su dueño y el asno el pesebre que le proporciona su amo»—aludiendo al calor que estos animales prestaron con su aliento al niño Dios recostado entre humildes pajas al venir á la vida mortal,—«pero Israel no conoce á su Dios,» aquel pueblo prevaricador que había de llegar á mancharse con el horrible crimen del deicidio, guardaba entre sus preciosos libros admirables profecías que auguraban un cambio completo en el modo de ser del individuo y de la sociedad.

Jacob, uno de sus más antiguos patriarcas, predice poco antes de morir el porvenir de cada uno de sus hijos, consignado por el autor del Pentateuco en el capítulo XLIX del Génesis, en cuyo versículo 10 dice: «No se apartará el báculo de Judá ni el cetro de entre sus pies hasta que venga el pacificador (1), á quien acatarán las naciones.» Y efectivamente,

(1) *El Príncipe de la Paz.*

la dignidad real había desaparecido de los descendientes de Judá al ser declarada la Judea provincia romana por sus conquistadores.

El más elegante de los profetas de Israel, el fecundo y enérgico Isaías, á quien podría apellidarse el Crisóstomo hebreo, dice en el capítulo VII de sus profecías, versículos 13 al 16: «Escuchad, Acaz, rey de Judá, y príncipes de la casa de David: ¿por ventura no estáis satisfechos con despreciar á los profetas, que hasta dudáis del poder divino? El mismo Dios, pues, va á daros una prueba de su omnipotencia. He aquí que aquella Virgen concebirá y parirá un hijo y llamará su nombre Emmanuel (1). Queso y miel comerá (2), sabiendo rechazar el mal y elegir el bien. Antes que este niño nazca serán desoladas la Siria y la Samaria, países que tú aborreces y cuyos reyes te han declarado la guerra.»

(1) *Con nosotros está Dios.*

(2) *Nacerá en la tierra santa que fluye leche y miel*

Quinientos años antes de la era cristiana el profeta Zacarías, que murió, como tantos otros, á manos de los judíos, decía aludiendo á la entrada triunfante que el Mesías debía hacer en Jerusalén cinco días antes de su pasión y muerte: «Alégrate, hija de Sión; regocíjate, hija de Jerusalén; tu rey vendrá á ti, justo y victorioso, humilde y montado sobre asno y sobre un pollino. Destruirá los carros, los caballos y las armas de guerra; predicará la paz á las naciones y su dominio abarcará toda la tierra.»

Estando el profeta Daniel pidiendo á Dios el término de la cautividad que el pueblo hebreo sufría en Babilonia, se le aparece el arcángel Gabriel y le dice: «Vengo, oh Daniel, de la presencia de Dios para revelarte un gran misterio; desde el principio de tu oración brotó la palabra del Señor mandándome que viniera á revelártelo, porque eres varón de santos deseos, y así escúchame con atención para que entiendas esta visión admi-

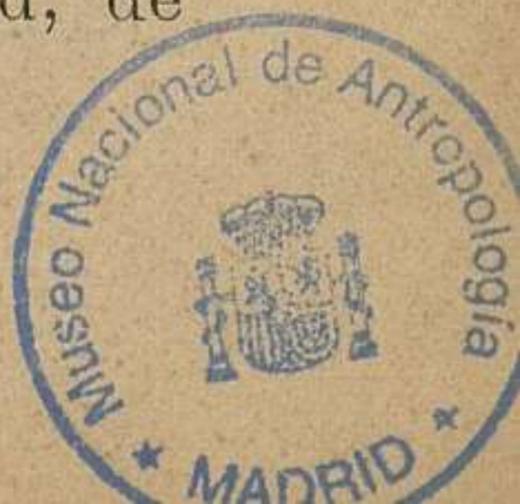
rable. Setenta semanas de años (1) están señaladas sobre tu pueblo y la ciudad que juzgas santa para librarlos de la maldad y del pecado y del poder de las tinieblas y atraer sobre ellos la justicia sempiterna, en cuyo tiempo tendrán cumplimiento las visiones y las profecías y será ungido el Santo de los Santos. Al fin de las setenta semanas será muerto el Mesías sin que haya quien le auxilie, y luego vendrá un gran pueblo que destruirá la ciudad y el templo, los cuales quedarán convertidos en ruinas. En la última semana enseñará el Mesías una nueva ley, y en este tiempo se ofrecerá como víctima y holocausto y el templo quedará destruído hasta el fin del mundo.»

(1) *Cuatrocientos noventa años.*

II

NIÑEZ DE MARÍA. — SU EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN EN EL TEMPLO DE JE- RUSALÉN.

En uno de los últimos años del Paganismo, el 736 de la fundación de Roma, doce antes de la venida del Salvador al mundo, reinando el emperador Augusto, podía observarse en uno de los días del apacible mes de Septiembre un admirable grupo de tres personas que se dirigían desde la villa de Nazareth, de la provincia de Galilea, cuya capital era Tiberíades, á la histórica ciudad de Jerusalén. Eran estas tres personas: Joaquín, anciano venerable de sesenta y nueve años, natural de Seforis y vecino de la citada villa, de posición modestísima, dedicado á la guarda del reducido ganado de su propiedad, de



aspecto majestuoso que revelaba su descendencia en línea recta del glorioso monarca David; Ana, natural de Belén, hija de Matán, sacerdote, hermana menor de María Cleofé y de Sobé, madre ésta de Isabel, de quien había de nacer el Bautista, mujer de fisonomía grave y simpática, que frisaba en los cuarenta y siete años, tan modesta como virtuosa, modelo y espejo de madres y esposas, descendiente de la tribu de Leví, en la cual estaba vinculado el orden sacerdotal, reuniendo este santo matrimonio la descendencia y jerarquía real y sacerdotal; María, hija de ambos, preciosa niña de tres años de edad, más hermosa que los ángeles y más pura que los serafines, pues por privilegio singular y divino había sido concebida exenta de la mancha del pecado original con que todos venimos al mundo. Sus nombres parecían proféticos, según la significación tomada de la lengua hebrea: Joaquín, *dispuesto providencialmente*; Ana, *misericordio-*

sa, llena de gracia; María, excelsa y océano de amargura, simbolizando en ambos términos que esta niña había de ser, como mujer, la distinguida y bendita entre todas las generaciones, y, como madre, la corredentora y compañera de penas y dolores del que había de nacer de ella, en cuanto hombre, el Salvador del mundo; prendas de tan singular misión fueron el conocimiento clarísimo y la bondad de sentimientos que adornaron su inteligencia y su corazón desde su más tierna infancia.

El esposo caminaba á pie, y Ana, sentada en humilde borriquillo, sostenía en sus brazos á la niña, á quien atendía con el más exquisito cuidado maternal.

La conversación sostenida á intervalos era, como siempre en esta santa familia, tan amable como piadosa.

«Me causa pena, Joaquín, — dijo Ana, — que tú vayas á pie á la edad que tienes, mientras yo voy cómodamente sentada: podríamos alternar,

porque aunque yo por razón de mi sexo soy más débil, todavía puedo andar algún rato.»

«No te preocupes, Ana,—contestó el esposo,— pues te aseguro que no siento cansancio, y además voy muy gozoso contemplando la solitud con que cuidas á María, que es nuestro encanto y nuestra vida.»

«Padre,—dijo la niña,—¿qué montes son esos tan altos que veo por primera vez?»

«Ese, — contestó señalando, — se llama el monte Hermón, el cual, como altísimo que es, durante todo el invierno está cubierto de nieve. Aquel otro es el Tabor, en el cual, reunidos los israelitas por inspiración de la profetisa Débora, vencieron á los cananeos que iban capitaneados por su jefe Sígara: llama la atención esa montaña por su forma esférica, tan distinta de las demás, y como la Providencia suele verificar sus maravillas en puntos elevados, muchas veces he pensado que el Tabor está llamado á

ser escena de grandes prodigios en la vida del Mesías; existía en él una ciudad que fué destruída hace dos siglos. Ese otro monte situado á la izquierda, que provoca las miradas por su larga extensión, es el llamado Carmelo por su fecunda vegetación. En él la humilde Abigail, esposa del impío Nabal, socorrió con abundancia de víveres á los pastores de David que estaban hambrientos, conducta generosa que le mereció después figurar como mujer del rey profeta; en él fué vencido por el caudillo hebreo Josué el rey Jacanam; el Carmelo fué la habitual morada de grandes profetas, como el santo Elías y su discípulo Eliseo, y nuestros libros religiosos ponderan frecuentemente la hermosura y frondosidad de este monte, como se ve en los ejemplos que ahora recuerdo, siendo uno de ellos cuando Isaías dice que á la venida del Mesías la tierra santa resplandecerá hermosa como el Carmelo, y otro cuando Salomón, elogiando la belleza de la Sulamit, in-

dica que su esbelta cabeza adornada de rizados cabellos es comparable á la hermosura del Carmelo poblado de árboles.

«Padre, es admirable la relación que me habéis hecho de esos montes, y los tendré en gran veneración mientras viva, porque en tales maravillas veo la mano de Dios.»

«Sí, hija mía, — repuso Ana, — en donde quiera que veas un prodigio debes contemplar á Dios, porque solo Él es grande.»

«Así lo hago, madre, porque cuanto me habéis enseñado lo tengo grabado en mi interior, y aunque nada valgo, siempre pido á Dios que me enseñe á amarle y adorarle y me admita como su más humilde esclava.»

«Oid, madre, — continuó después de una breve pausa, — siempre recuerdo la historia sagrada que con tanto amor me habéis enseñado en la *Micrá* (1), especialmente la vida de nues-

(1) Nombre que daban los hebreos á la Sagrada Escritura.

tros primeros patriarcas Abraham, Isaac y Jacob y las profecías relativas al nacimiento del Mesías, y aunque soy niña é ignorante, me parece que por la que me referíais de Daniel debe estar muy próximo ese gran suceso.»

Ana, que por inspiración divina sabía que llevaba en sus brazos á la que había de ser madre del Salvador, bajó los ojos guardando prudente silencio. Entonces contestó Joaquín:

«Me admiras continuamente por tu penetración y talento, de lo cual doy gracias á Dios, y lo digo por haber oído que los doctores de la ley, que son muy versados en la *Micrá*, sostienen que estamos muy cercanos á la venida del Mesías, porque se cumplen los años asignados por el profeta Daniel y ya la Judea ha perdido el cetro de Judá, quedando convertida en provincia romana.»

«¡Qué dichosa será la santa familia de la cual nazca el Salvador!—repuso la niña;—yo me consideraría la más

feliz del mundo con solo verlo y adorarle.»

Cuando se encontraron á la vista de la capital, término de su viaje, dijo Ana á la niña:

«Hija mía, ya luego llegaremos á Jerusalén. ¿Te quedarás contenta?»

«Madre mía, — contestó María; — me habéis enseñado á obedeceros, y aunque sentiré perder vuestra compañía, sé que obedeciendo á mis padres cumplo la voluntad de Dios, que es todo mi deseo.»

«Bien, María; también nosotros sentiremos en lo íntimo de nuestro corazón volvernos á nuestro pueblo dejándote en esa ciudad, pues eres todo nuestro consuelo, pero cumpliremos un sagrado deber. En el templo de Jerusalén existe un colegio dirigido por mujeres prudentes y virtuosas, en el cual se educan é instruyen las niñas primogénitas de padres descendientes de la casa de David ó de la tribu sacerdotal de Leví, y en este caso te encuentras tú, hija mía, por-

que tu padre desciende de David y yo pertenezco por mis antepasados á la tribu de Leví.»

«¿Y tendré en esa casa una maestra tan instruída y bondadosa como lo ha sido mi madre?»

«Sí, María; tendrás á tu lado quienes nos substituyan con ventaja. Al frente del templo está el anciano Simeón, sacerdote tan sabio como piadoso, entregado completamente al culto y adoración de Dios, y en el colegio, entre otras mujeres, conocerás á la profetisa Ana, que te instruirá perfectamente y te inculcará las grandes verdades y sanos principios morales que tu padre y yo te hemos enseñado.»

Llegado que hubieron á la ciudad de Jerusalén, dirigiéronse al templo y entregaron los padres su hija María al sumo sacerdote Simeón, quien la puso al cuidado de la profetisa Ana, y después de bendecirla, bendición que la niña recibió de rodillas, volvieron á Nazareth con el corazón

transido de dolor por la separación de su bendita hija, pero á la vez consolados por haber cumplido con una obligación moral por tradición, y confiados en que fuera de su lado no podía tener maestra superior en piedad é instrucción á la designada por el anciano sacerdote.

Once años permaneció María en aquella santa casa, dedicada completamente á trabajos manuales de costura y aseo, á la oración fervorosa y continua y al estudio de las Sagradas Escrituras, cuya letra y espíritu comprendía de una manera portentosa, creciendo á la par, en su delicado cuerpo, la más exquisita gracia y una jamás vista hermosura y, en su noble alma, las admirables virtudes de que la dotara el Altísimo, cualidades ambas que cautivaban á cuantas personas tenían ocasión de conocerla.

Quedó huérfana á la temprana edad de doce años, pues su anciano padre Joaquín falleció á los seis meses de la entrada en el templo y su madre

Ana á los nueve años del mismo ingreso. La santa niña supo por revelación divina la proximidad de tan tristes sucesos y pidió humildemente á Dios que, pues ella no podía asistirlos, se dignara enviar ángeles del Cielo que los animasen en aquel trance y después llevasen sus almas al seno de Abraham, donde con los demás justos esperasen la venida del Mesías.

III

DESPOSORIOS DE MARÍA. — SU CONCEPCIÓN MILAGROSA. — VISITACIÓN Á SU PRIMA ISABEL.

A los trece años y medio, edad en la que María había adquirido notable desarrollo en su cuerpo, dotado de admirable gracia y de incomparable belleza, le manifestó Dios cómo era su voluntad que al salir del templo tomara un esposo que la amparase en su orfandad. La humilde doncella, postrada en presencia del Altísimo, contestó con suma reverencia que, según era notorio á su divina Majestad, había hecho voto de castidad y que sólo deseaba unirse al celestial esposo; pero que se consideraba indigna esclava suya y que dispusiese de ella según su beneplácito, conservándole, si era de su agrado, el solemne

voto que tenía ofrecido, pues era la prenda que más estimaba después de la ciega obediencia á los divinos mandatos. El Señor la tranquilizó diciéndole que le escogería por esposo un varón virtuoso y justo, el cual no sería obstáculo á sus piadosos deseos, y ordenó al sumo sacerdote Simeón que preparase el desposorio de la huérfana María para que, como era costumbre observada en las primogénitas, abrazase el estado del matrimonio al salir de aquella casa y templo santos.

El mismo día en que la santa doncella cumplía catorce años, que era á 8 de Septiembre, reuniéronse en el templo de Jerusalén, previo aviso de Simeón y demás sacerdotes, todos los varones solteros descendientes de la tribu de Leví y de la familia de David, entre ellos José, natural de Nazareth, de treinta y tres años de edad, pariente de María en tercer grado, joven de fisonomía agraciada y simpática y varón de acrisoladas virtudes, el cual, fervoroso amator de la pureza,

había hecho voto de castidad á los doce años.

Puestos en oración sacerdotes y pretendientes, Simeón, movido por celestial inspiración, entregó á éstos sendas varas secas, pidiendo á Dios se dignase manifestar de un modo visible cuál de los jóvenes era el elegido para amante esposo de su criatura predilecta; y al poco rato se vió florecer la vara de José, quedando las demás en el estado de aridez que tenían al ser entregadas, y al propio tiempo descendió una blanca paloma que se posó sobre la cabeza del casto varón, con cuyos prodigios avisados desposaron los sacerdotes á María y José, quienes, transcurridos unos días, marcharon á residir en Nazareth, patria de ambos.

Habitaron la casa paterna de María, donde se conservaban escasos bienes de fortuna, con los cuales y el incesante trabajo manual de José, que había quedado casi en la pobreza, pudieron atender á su subsistencia, en

extremo modesta, y al socorro de los más necesitados de la villa, viviendo en perfecto estado de pureza y castidad desde el momento de contraer matrimonio y entregados á la oración el tiempo que les concedían, á José su industria de carpintero, y á María los cuidados de la casa y las atenciones debidas á su esposo.

Llegó entretanto la época señalada por la Providencia para la realización del mayor de los misterios, la Encarnación del Verbo, segunda persona de la Santísima Trinidad, ofrecido al Eterno Padre como víctima propiciatoria y redentor del género humano mediante una vida temporal llena de sacrificios y terminada en cruenta pasión y dolorosa muerte, porque la reparación de la infinita ofensa inferida á Dios por el pecado del hombre, vil transgresor de la ley divina, exigía en la economía y plan de la Sabiduría infinita una víctima de valor también infinito. Estaba decretado en el Cielo y comunicado al

mundo por los profetas que el Verbo tomaría carne en las purísimas entrañas de una doncella virgen, y para ello el Señor, aunque había criado á María de Nazareth exenta de la mancha original con que nacen todas las criaturas, la preparó convenientemente para este misterio y la adornó con sobreabundante gracia y plenitud de virtudes á fin de que fuera digno tálamo donde descansara el Verbo, una vez encarnado.

Comunicó Dios al arcángel Gabriel la orden de presentarse á la virgen de Nazareth acompañado de multitud de ángeles de inferior jerarquía, indicándole el objeto de esta visita y las misteriosas palabras con que debía saludarla. Era para los hombres el 25 de Marzo, habiendo transcurrido desde los desposorios seis meses y medio á corta diferencia, cuando la milicia celestial con su jefe Gabriel á la cabeza, descendiendo desde el trono del Altísimo á la dichosa villa de la Galilea, presentóse en medio de

brillantes resplandores á la casta doncella, que se encontraba en su modesta habitación pidiendo con fervor y súplicas ardentísimas á Dios la pronta salvación del mundo por la venida del prometido de las naciones.

Presentóse el nuncio celestial en forma visible y la saludó en el idioma de las sagradas Escrituras, que todavía hablaba el pueblo de Israel, aunque degenerado desde el tiempo de la cautividad de Babilonia, con las siguientes palabras: *Schalóm lak, Miryám, mleat jen, Yhowáh jimmak, brucáh at bnaschím.* «La paz sea contigo, María, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita eres entre las mujeres.»

Turbóse la humilde doncella con tan prodigiosa alabanza, reflexionando sobre la significación de tales palabras, pero el paraninfo celestial la tranquilizó diciéndole: «No temas, María, eres acepta y gratisima á Dios. Atiende; concebirás y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús, el

cual será grande y llamado hijo del Altísimo, y Dios Omnipotente le dará el trono de David, su padre, en el cual reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.»

«¿Cómo ha de verificarse eso,— replicó María con suma humildad y creciente asombro,—pues no conozco varón?»

«Vendrá á ti el Espíritu Santo,— contestó el arcángel,—y te protegerá el poder del Altísimo, y por esto el Santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios. Mira: tu parienta Isabel, mujer estéril, ha concebido también un hijo en su ancianidad y lleva ya el sexto mes de su preñez, pues nada hay imposible para Dios.»

«Soy la más indigna esclava del Señor; cúmplase en mí su santísima voluntad: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum.*»

Dichas estas palabras de profunda humildad y completa sumisión, au-

sentóse el arcángel, seguido de su celestial comitiva.

Fiat ¡admirable y portentosa palabra que ha obrado los más estupendos prodigios! Con el *Fiat* del Altísimo fueron creados los cielos y la tierra, los espíritus angélicos que pueblan el Paraíso celestial y las criaturas de los tres reinos de la naturaleza; y con el *Fiat* de María se inició la era de la redención del género humano, hecho esclavo del Infierno por el pecado. Quedó la Santísima Virgen en profundo éxtasis luego de terminada la salutación, puesta en genuflexión á presencia de Dios, y en el mismo instante descendieron de su castísimo corazón á su virginal vientre tres preciosas gotas de purísima sangre, de las cuales se formó el sacratísimo cuerpo del Salvador.

Dios recompensó la obediencia de María adornándola en el momento de la Encarnación con los dones espirituales de visión, comprensión y fruición, y temporalmente con los

corporales de claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad, dotes que reciben los bienaventurados en la Gloria. La *visión* beatífica es la clara visión de Dios, que jamás se apartaba de ella; la *comprehensión* es la posesión del mismo Dios; la *fruición* significa una ardiente caridad ó amor vivísimo, nacido de la comprehensión unida al conocimiento intuitivo de la Divinidad; la *claridad* es la disposición por la cual el cuerpo adquiere una transparencia sutilísima; la *impasibilidad* consiste en la incorruptibilidad que le libra de enfermedades y demás accidentes nocivos; la *agilidad* es la fuerza que contrarresta la gravedad de la materia, y la *sutilidad* la cualidad que vence la resistencia que ofrecen otros cuerpos.

Unos días después de la misteriosa salutación del arcángel recibió la bendita Virgen orden del Altísimo de visitar á su prima Isabel; y en su virtud y previo consentimiento y beneplácito de su casto esposo partió en

su compañía á la ciudad de Judea, distante de Nazareth veintisiete leguas y dos de Jerusalén, haciendo esta larga travesía sentada sobre un humilde jumento, y José á pie. Al cuarto día después de la salida llegaron á casa de Isabel, quien al ver á su prima María retiróse con ella á su cuarto y exclamó con voz profética, movida del más santo entusiasmo y poseída de la más íntima alegría: «Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre: ¿cómo pude yo merecer que venga á visitarme la madre de mi Señor? En el momento de tu llegada y salutación he sentido saltar de gozo el niño que llevo en mis entrañas. Feliz tú que has creído, pues por tu fe se cumplirán en ti las promesas que te hizo el Señor.»

Entonces, arrobada en éxtasis, prorrumpió María en este admirable cántico que diariamente repite la Iglesia:

«Ensalza mi alma al Señor y salta

de gozo mi espíritu contemplando á Dios, que es mi Salvador.

»Porque se dignó mirar la vileza de su esclava, desde ahora me tendrán por dichosa todas las generaciones;

»Pues obró conmigo grandes prodigios el Omnipotente y Santísimo;

»El cual extiende su misericordia de generación en generación entre los que le aman y le guardan santo temor;

»Obra maravillas con su potente brazo y disipa las maquinaciones de los soberbios;

»Arroja del trono á los poderosos y ensalza á los humildes;

»Colma de bienes á los hambrientos y deja exhaustos á los ricos;

»Ostenta su poder ante el pueblo de Israel, su siervo, recordando su infinita misericordia;

»Según prometió á nuestros padres, á Abraham y en él á toda su descendencia.»

Pasados tres días en aquella santa casa, regresó José á Nazareth prome-

tiendo volver cuando María le avisase; y así se verificó después de haber nacido de Isabel Juan, el precursor de Cristo.

Andando el tiempo llegó María al quinto mes de su virginal preñez, y comenzó á notarse tal estado, y con él nació, como era natural, la inquietud y zozobra de su esposo, el cual, por una parte observaba de una manera indubitable que aumentaba el vientre de su amante esposa, y por otra, el convencimiento íntimo que tenía de las sublimes virtudes de María, entre las cuales, á ser posible, resaltaban la pureza y la castidad, le persuadía de que era virgen é incapaz de manchar su alma y su cuerpo ni con el más leve pensamiento de impureza. Ni por un momento dudó de la virginidad de María, pero los sentidos le atestiguan que estaba en cinta; y anteponiendo las virtudes que en ella brillaban al testimonio de su propia vista, acabó por pensar que en ello se ocultaba un misterio que no acer-

taba á comprender. Su honesta esposa, aunque penetrada de dolor porque veía lacerado el corazón de José, lleno de amargura y cruel inquietud, no le manifestó que había concebido milagrosamente, porque el Señor en los continuos coloquios que con ella tenía no le había indicado que revelase el misterio, y como humilde esclava suya no decía ni hacía sino lo que el Omnipotente le ordenaba. Por fin, una noche en que José había decidido ausentarse de su casa, le manifestó un ángel del Señor cómo en María su esposa había de cumplirse la profecía de Isaías, y que ella, escogida entre todas las mujeres, era el tálamo virginal en que se recostaba el Salvador del mundo antes de nacer á la vida mortal.

IV

NACIMIENTO DEL MESÍAS.—LA CIRCUN- CISIÓN Y LA PURIFICACIÓN.

Próximo ya el día en que el niño Dios había de nacer, se publicó un edicto del emperador César Augusto, en el cual se ordenaba que se inscribiesen todos los varones en el registro universal, cada uno en el punto de donde procediese la familia, correspondiendo á José, como descendiente de David, inscribirse en Belén, pueblo distante dos leguas de Jerusalén, á donde hubo de dirigirse con su esposa, haciendo en cinco días ese viaje de treinta leguas próximamente, viaje molesto y penoso, ya por la crueldad de la estación, pues corría el mes de Diciembre, ya por el estado de María, la cual no tuvo otro modo de hacer

la travesía que sentada sobre un jumento.

Belén era el punto designado por la Providencia para el nacimiento del Salvador, según estaba profetizado, entre otros, por Miqueas en estos términos: «Y tú, Betlehēm, por otro nombre Efrata, pequeña eres entre las innumerables ciudades de Judá, pero eres grande porque de ti saldrá para bien de todos el dominador de Israel.»

Contaba allí José con algunos deudos y amigos, de cuyo parentesco y amistad confiaba obtener siquiera un modesto albergue para su esposa; pero todos le negaron la hospitalidad, que ni aún con dinero logró alcanzar, porque la formación del censo había atraído mucha gente á la población. Recurrió también solícito á los parientes de su suegra Ana, que, como dijimos, era natural de Belén, pero obtuvo la misma negativa. Por fin, después de inscribirse en el registro pagando el tributo exigido por la ley,

entrada ya la noche sin encontrar asilo, salióse del pueblo con su casta esposa y se dirigieron á una cueva donde á veces se recogía el ganado, la cual hallaron completamente libre. En aquella humilde cueva, situada en las afueras de Belén, había de verificarse por permisión divina el acontecimiento más portentoso y de mayor trascendencia social y religiosa que registra la Historia.

Ayudados ambos esposos por los ángeles, según tradición piadosa, quitaron los escombros, quedando al poco rato la cueva limpia como taza de plata y olorosa como embalsamado jardín. Acomodó José las mantas del camino en un bajo pesebre para que sirvieran de abrigo y reclinatorio á María, y él, fatigado del viaje y de los pasos dados en el pueblo, retiróse á descansar en un ángulo de la misma cueva, sirviéndole de lecho el duro suelo. Acontecía esto el día 24 de Diciembre á nueve horas de la noche.

Conociendo la Virgen que se acercaba el momento de su dichoso parto, ya por los suaves movimientos que sentía en sus purísimas entrañas, ya también por revelación del Altísimo, púsose de rodillas sobre el pesebre en fervorosa acción de gracias al Señor por el inmenso bien que por su mediación iba á obrar para la salvación del mundo, y arrobada en sublime éxtasis, al punto de las doce de la misma noche, ó sea, al comenzar el siguiente día veinticinco, dió á luz al Verbo humanado, la segunda persona de la Beatísima Trinidad, al Dios hombre, que en la tierra había de recibir el nombre de *Jesús*, que en lengua hebrea significa *Salvador*. Verificóse el milagroso parto sin lesión alguna en el cuerpo virginal de la madre, porque, lo mismo que el del hijo, éste por naturaleza, y ella por gracia, había recibido los dones de los bienaventurados para aquel momento, quedando tan pura é inmaculada en el parto, como continuó des-

pués y lo había sido en el acto de su concepción. El divino cuerpo del Redentor fué recibido á honesta distancia en el momento de nacer por los arcángeles Miguel y Gabriel, quienes lo entregaron á su Santísima Madre, la cual, estrechándolo contra su casto seno, exclamó como la verdadera Sulamit del Cantar de los cantares: *Aní ldodí, vdodí lí*: «Yo para mi amado y mi amado para mí,» y en el mismo instante oyó la augusta voz del Eterno Padre que decía: «Ese es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias.»

Cumplióse entonces la profecía de Isaias, expresada en estilo alegórico, que canta la Iglesia en tiempo de Adviento con estas palabras: «*Orietur sicut sol Salvator mundi, et descendet in uterum Virginis sicut imber super gramen. Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice eius ascendet. Et requiescet super eum spiritus Domini.*» «Aparecerá como el sol el Salvador del mundo y descenderá al

seno de una Virgen como lluvia sobre césped. Saldrá un vástago del tronco de Jesé (1) y de su raíz se elevará una flor, sobre la cual reposará el Espíritu Santo.»

Ayudada por José vistió María al santo niño con las mantillas que había preparado antes de salir de Nazareth, y en lugar de mullido lecho cubierto con manto de púrpura de Tiro orlado con rico oro de Ofir, con sumo cuidado lo recostaron sobre humildes pajas en el pesebre, donde recibió el abrigado aliento del jumento que había traído á la madre durante el camino y de un manso buey que por divina disposición entró en la cueva, cumpliéndose á la letra las admirables palabras y terrible sentencia con que inaugura Isaías sus memorables profecías. «El buey conoció á su dueño y el asno el pesebre de su Señor; mas Israel, mi pueblo, no me conoció.» Al mismo tiempo numerosas

(1) Padre de David.

legiones de ángeles poblaban los aires, adorando al recién nacido con celestiales cánticos de gloria y comunicando la buena nueva al mundo con estas palabras: «*Cabod lelohim bimromim: schalóm jal haarets: vratsón laanaschím.*» «Gloria á Dios en los Cielos: paz en la tierra y amor á los hombres.»

Causa admiración que el Señor dispusiera que los primeros hombres que visitaran y adoraran á Jesús en el portal de Belén fueran los rústicos y sencillos pastores y á continuación los reyes de Oriente, personificación aquéllos de la clase más humilde, y éstos de la más alta jerarquía social, como si quisiera manifestar que el divino amor no distingue en su afecto categorías ni orígenes, sino que por igual comprende á todos. Si por un lado enaltece á los pobres manifestándose primero á los pastores y viviendo también pobre y humilde, por otro quiere nacer como hombre de línea y estirpe regia, pues descende de David

por parte de su padre adoptivo José y de su madre María.

Aquellos sencillos pastores, mansos y humildes de corazón, creyeron lo que á los ojos de los sabios hubiera sido increíble, esto es, que el Rey de reyes, el Señor de señores, el Dios de gloria y majestad, se había encarnado y nacido al mundo como la más vulgar criatura, y estaba reclinado en mísero pesebre, como hijo de padres tan pobres, que no podían proporcionar un regular lecho á su hijo amado ni otro abrigo en las nevadas noches del corazón del invierno que el que prestaban con su aliento los animales. Movidos del espíritu divino, dieron crédito los pastores á la buena nueva que les anunciaron los ángeles, y pasaron á adorar en la cueva al niño Dios y á ofrecer sus servicios y lo poquísimo que tenían á José y María, á la cual veneraron profundamente como el arca santa donde había permanecido el verdadero Dios durante nueve meses.

En la antigua ley había hecho Dios alianza con Abraham y su descendencia, señalando como símbolo de esta alianza la dolorosa ceremonia de la circuncisión que todo varón del pueblo de Israel había de sufrir á los ocho días de su nacimiento, en cuyo acto solía ponerse nombre al niño, á la manera que en la ley de gracia se hace en el sacramento del bautismo; y así como por éste se borra la mancha del pecado original y el bautizado entra á formar parte de la Iglesia fundada por Cristo, de un modo parecido el varón circuncidado, y con él toda su familia, eran considerados miembros del pueblo escogido por Dios para custodio de su santa ley y de los dogmas religiosos, pueblo del cual estaba profetizado que nacería en cuanto hombre el Mesías que había de promulgar la ley de gracia. Sufrió el divino infante la dolorosa y cruenta operación, que se hizo por mano de sacerdote con cuchillo de pedernal, como si este instrumento fuese sím-

bolo del corazón de pedernal que los hombres habían de mostrar más adelante al ocasionar crueles unos, y presenciar impasibles otros, los acerbos dolores de la sacrosanta pasión y muerte que sufriría en expiación de los crímenes del mundo y del pecado original, que borraría con su preciosa sangre. Consideraba el pueblo judaico la circuncisión como un sacramento que limpiaba esta culpa heredada de nuestros primeros padres, y el Redentor, inmaculado por su naturaleza divina, no quiso librarse de tal ceremonia, sino mostrarse verdadero hombre, que á la vez era, cumpliendo en todas sus partes la ley mosaica.

Preguntó el sacerdote qué nombre deseaban poner al tierno infante, y padre y madre, como movidos por impulso celestial, contestaron á una: «Jesús es su nombre;» nombre sacrosanto al cual, como dice la Iglesia, adoran doblando las rodillas los habitantes del Cielo, los de la Tierra y los del Infierno; nombre místico, que

en hebreo significa *Salvador*, y que si bien lo han tenido los hombres antes y después, á ninguno corresponde esencialmente, como que Cristo es el único y verdadero Salvador de la humanidad. El sacerdote anotó en el registro de Belén la partida del nacimiento de un niño, hijo de José, artesano, y de María, residentes en Nazareth, de la provincia de Galilea, circuncidado á los ocho días con el nombre de Jesús.

Existían en aquel tiempo tres pequeños reinos situados al Oriente de la Palestina, conocidos en la historia con los nombres de Persia, Arabia y Sabá, en dirección de Norte á Sur, cuyos monarcas eran apellidados *magos*, denominación aplicada por los orientales, según testimonio del escritor Hesiquio, á los sacerdotes, á los teólogos y á los hombres piadosos, y que cuadraba perfectamente á los reyes de las tres comarcas por los dos últimos conceptos, pues alimentaba sus corazones la más profunda piedad y adornaba sus entendimientos un

vasto conocimiento de la Sagrada Escritura, particularmente de las profecías relativas á la era de gracia que había de establecer el hijo de Dios nacido de una virgen. Estos santos reyes tuvieron noticia del milagroso suceso al mismo tiempo que los humildes pastores, y preparando convenientemente los camellos sobre los cuales cargaron ricas ofrendas de oro, incienso y mirra, y citados mutuamente, pusiéronse en camino guiados por una misteriosa estrella, anunciada siglos antes por Balaam y que recordaba la del patriarca Jacob, y llegaron á Jerusalén, en cuya ciudad entraron, tanto para prestar el debido acatamiento á su rey Herodes, como por suponer que él tendría exacto conocimiento del suceso y podría enterarlos del punto á donde debían dirigirse para rendir culto y adoración al niño Dios, verdadero rey y supremo señor suyo. Herodes, ignorante hasta entonces de que hubiese nacido el rey legítimo de los judíos, y

á la par que envidioso de su gloria, temeroso de perder la corona que ceñía en nombre de los romanos, les suplicó hipócritamente que al regreso volviesen á enterarle del sitio en que se encontraba, para ir á su vez á adorarle y prestarle el debido homenaje.

Salieron los magos de Jerusalén, y nuevamente guiados por la estrella, llegaron el día 6 de Enero, trece después de la salida de sus reinos, á la santa cueva de Belén, donde, según el profeta Miqueas, había de nacer el *eterno dominador de Israel*. Estos tres monarcas, conocidos en la historia con los nombres de Gaspar, Melchor y Baltasar, adoraron postrados en tierra al divino niño y con suma humildad le ofrecieron, depositándolos en manos de sus augustos padres, los ricos dones de oro, incienso y mirra que habían traído de su país, símbolos misteriosos de las virtudes que adornaban á los donantes y de las que habían de resplandecer en el mundo cristiano, y llenos de bendiciones ce-

lestiales regresaron á su tierra de Oriente sin entrar en Jerusalén, porque tuvieron secreto conocimiento de las pérfidas intenciones de Herodes, tan hipócrita como malvado.

Prescribía la ley mosaica que las mujeres se presentasen en el templo á los cuarenta días de haber dado á luz un hijo, con dos fines: uno, para purificarse del parto y otro para ofrecer el nuevo vástago á Dios, en cuya ceremonia debían llevar como ofrenda un cordero las pudientes y un par de tórtolas las pobres. Acercábase la fecha de la presentación de Jesús, y aunque ni el niño venía obligado á cumplirla por ser el mismo Dios, ni la Madre necesitaba purificarse por haber sido concebida sin mancha de pecado original y haber quedado después del parto tan limpia y tan pura como estaba antes de la concepción, quiso, no obstante, la divina Señora cumplir con el precepto legal. Salieron ambos esposos de Belén á pie, llevando la madre en brazos á Jesús,

y sobre el asnillo que habían sacado de Nazareth colocaron los fajos del niño y los dones de los reyes magos. Llegaron el mismo día, 1.º de Febrero, á la ciudad de Jerusalén, hospedándose en la humilde casa del Mayordomo del Templo, que salió á recibirlos á las puertas de la Ciudad, enviado al efecto por el anciano sacerdote Simeón, divinamente avisado de que aquella ejemplar doncella que se había educado al lado de la profetisa Ana en el colegio del mismo templo, se dirigía á la Capital para ofrecer á Dios el *deseado de las naciones*. José entregó en la Iglesia los dones de oro, incienso y mirra recibidos de los reyes magos y, para cumplir exactamente con la ley, esperaron el siguiente día en que se cumplían los cuarenta del nacimiento de Jesús.

Amaneció este día, 2 de Febrero, apacible y sereno. El grandioso templo de Jerusalén fué adornado con preciosas colgaduras de oro y de púrpura; cubrióse con rico manto el púl-

pito destinado á la lectura sabatina del Pentateuco y de los Profetas; preparóse convenientemente el ara sagrada, y multitud de luces alumbraban místicamente la espaciosa nave por cuyo pavimento de mármol blanco había de pasar la sagrada familia. Ocupaban el presbiterio, en primer término, Simeón, rodeado de varios otros sacerdotes de la antigua ley; en segundo, figuraban las santas mujeres destinadas al cuidado del templo y á la educación de las colegialas, presididas por Ana la profetisa, y en último término estaban las candorosas jóvenes compañeras durante algunos años de María y descendientes como ella de la tribu de Leví.

Así dispuesto el ceremonial, aparece en la puerta oriental de bronce de Corinto que daba acceso al templo, ocupado por multitud de fieles, un matrimonio con un tierno infante en los brazos de la madre. Va á la derecha una preciosa joven de quince años, de noble continente, de estatura

más que mediana, de cutis ligeramente sonrosado, semejante al color de la piel del granado, cabellos más finos que la seda y más rubios que el oro de Ofir, ojos vivísimos, espejo fiel de un alma abrasada de amor divino, cuyas pupilas reflejaban la pureza y castidad de una virgen y la inocencia de un ángel, cejas negras y bellamente arqueadas, nariz aguileña y delgados labios en los que parecía posarse la reina de las flores, ofreciendo estas cualidades un conjunto embelesador que inspiraba á la par entusiasta amor y reverente respeto: su virginal cuerpo iba cubierto de un vestido de color ceniciento, ligeramente ceñido á su flexible cintura y prendido en los hombros con anillos, y cubría su escultural cabeza el *tsanif* ó velo usado por las hebreas: era María, la hermosa entre las mujeres, la bendita entre todas las generaciones, la predestinada por su humildad para Hija del Eterno Padre, por su amor para Esposa del Espíritu Santo y por

su pureza para Madre del Salvador, á quien en esta ceremonia llevaba en brazos, apretado dulcemente contra su casto seno. Las nazarenas han sido siempre las más hermosas de la Palestina; y ella era la más hermosa de las nazarenas. Iba acompañada de su esposo José, joven todavía, pues contaba treinta y cuatro años de edad, de semblante hermoso realzado por su sedosa barba negra, revelando en su noble continente que el humilde oficio de artesano á que la necesidad le había reducido, no había borrado las huellas de la majestad real heredada de sus antepasados, pues por descendencia en línea recta le correspondía ceñir la corona del rey profeta. Rodeaban á la sagrada familia de Jesús, María y José innumerables coros de ángeles, ocultos á la vista humana, bajados de las celestes alturas para presenciar aquel solemne acto en que iban á reconciliarse el Dios de las misericordias y el hombre pecador, el Cielo ofendido y la tierra perjura,

mediante la ofrenda que la más santa de las mujeres iba á ofrecer en el ara sagrada, ofrenda de valor infinito por la dignidad de la víctima que era el Verbo divino hecho hombre, única suficiente á aplacar las justas iras de un Dios ofendido por la ingratitude y los crímenes del mundo.

Postráronse los castos esposos en las gradas del Presbiterio, donde oraron fervorosamente, y terminada la plegaria José entregó un par de tórtolas y dos velas y María con sumo respeto depositó el niño en los brazos de Simeón. Al contacto del tierno infante se inflamó de amor divino el corazón del venerable anciano, y con tono profético entonó el siguiente cántico lleno de misterios: «Ahora, Señor, librarás de esta vida á mí, tu siervo, con paz y alegría según tu promesa, porque han visto mis ojos al Salvador, tu hijo, que dispusiste á la faz de las naciones que por él han de ser redimidas, el cual será la luz que disipará las tinieblas en que yacen

los pueblos, y la gloria de Israel.»

Y convirtiéndose hacia la bendita madre, continuó con el mismo tono profético: «Este niño será causa de perdición para muchos en Israel y también muchos resucitarán por él á la vida de la fe: puesto ha sido por Dios como blanco de contradicción entre las gentes para que se descubran las maquinaciones de los corazones perversos, y por esto la espada del dolor traspasará tu alma.»

En estas misteriosas palabras del venerable sacerdote vió la infeliz madre dibujado el cuadro de los ultrajes, afrentas, vilipendios, calumnias y desprecios que sufriría su divino hijo, presintiendo en su imaginación la cruenta pasión é ignominiosa muerte que recibiría de manos de su ingrato pueblo y los dolores que, cual inmenso torrente, inundarían su corazón de madre. Retiráronse del templo después de recibir la bendición divina por ministerio de Simeón; pero el semblante angelical de María cubrióse

de una santa tristeza que inspiraba profunda compasión á los fieles, y desde aquel momento, aunque sumisa á la voluntad divina, sintió clavada en su sensible corazón la espada del dolor por la consideración de los sufrimientos y contradicciones de que había de ser objeto su amantísimo hijo.

V

HUÍDA DE LA SAGRADA FAMILIA Á EGIP- TO. — REGRESO Á NAZARETH. — IN- FANCIA Y JUVENTUD DE JESÚS. — MUERTE DEL PATRIARCA JOSÉ.

Propusiéronse los santos esposos regresar á Nazareth, su patria, después de visitar durante nueve días el templo en acción de gracias al Señor por haberse dignado bendecir la presentación del divino Jesús; pero en el quinto día fueron avisados, la esposa por Dios mismo en el templo y el esposo por mediación de un ángel que le habló en sueños, para que huyesen á Egipto á fin de librar á Jesús de la matanza de todos los infantes menores de dos años acordada por el infame rey Herodes. Fué decretada esta inicua orden con el objeto de que la muerte alcanzase al legítimo rey

de Israel, cuyo paradero ignoraba á pesar de las activas gestiones practicadas por los falsos sacerdotes y los serviles ministros. «Levántate, —había oído José en sueños, — toma al niño y á su madre y huye á Egipto, donde permanecerás hasta que te avise, porque Herodes busca á Jesús para matarlo.»

Cumplióse el decreto, que se extendía á toda la Judea, muriendo millares de inocentes niños, sin que lograrse su objeto el déspota. En aquellos tris-tísimos días, cuando los implacables verdugos arrancaban las tiernas víctimas de los apretados brazos de las madres desconsoladas para pasarlas á degüello, parecía reproducirse la desolación de los judíos próximos á ser llevados cautivos á Babilonia, descrita por el profeta Jeremías con estas palabras: «Oyóse una voz en Rama (1), un plañido y un alarido inmenso de dolor; es el llanto y el lamento de

(1) Población próxima al sepulcro de Raquel.



Raquel que llora á sus hijos y no admite consuelo porque ya no existen.»

Cumpliendo con toda presteza el mandato divino, salió de Jerusalén la sagrada familia á las altas horas de la noche para no ser vista y emprendió el camino hacia Egipto, llevando María al niño en brazos sobre el jumento que habían sacado de Nazareth. Llegaron harto fatigados á Gaza, distante veinte horas de Jerusalén, donde descansaron dos días, continuando después su viaje por peñascos y riscos de áridos desiertos, sin encontrar ni un árbol bajo cuya sombra pudieran cobijarse, ni una humilde posada donde acogerse, hasta que, por fin, tras de una marcha de sesenta leguas, llegaron á Heliópolis, ciudad en que se rendía culto y adoración al astro del día, de donde le vino el nombre de *Ciudad del Sol*, que significa aquella palabra, y que hoy se denomina *El Cairo*.

Muchos trabajos sufrieron en tan larga travesía, y entre otros acciden-

tes cuéntase que les salieron al encuentro dos famosos ladrones que los llevaron á la cueva en que vivían, con intención de robarlos y matarlos; pero las palabras amorosas de ambos esposos y una penetrante mirada de significación indefinible que les dirigió el tierno infante, ablandaron el corazón de ambos foragidos, quienes, lejos ya de atentar contra los viajeros, les suministraron alimento, y al despedirlos, uno de ellos llamado Dimas, que andando el tiempo había de expiar sus crímenes en infame cruz al lado de aquel niño que, víctima inocente de los pecados del mundo, había de sufrir igual suplicio, dijo á Jesús: «Señor, yo creo firmemente que sois más que hombre, porque no tuve corazón para mataros y sois los primeros que salís vivos de mi casa; por esto, Señor, acordaos de mí y de mi vida miserable.» Treinta y tres años más tarde hizo desde el patíbulo una confesión semejante, pero más sincera, y mereció por su fe y arrepenti-

miento alcanzar la gloria del Cielo.

El Egipto, valle inmenso del Nilo, encerrado entre desiertos abrasados por un sol implacable, se dividía en tres regiones, cuyas capitales eran *Menfis*, *Tebas* y *Heliópolis*. En esta última ciudad se estableció la sagrada familia, alquilando en sus afueras una humilde casa, que constaba de tres pequeños cuartos, destinados, uno para vivienda de Jesús y María, otro para José y el tercero era el taller, donde éste trabajó pasado algún tiempo, porque al principio, tanto para pagar el alquiler como para proveer á su propio sustento y al de su esposa, hubo de recurrir á pedir limosna: más tarde tuvieron lo suficiente para vivir y para socorrer á los pobres, á quienes nunca olvidaban, con el producto del oficio de carpintero que seguía ejerciendo, ayudado de María, que se dedicaba á labores de su sexo, las cuales veñdían á algunas familias de la capital, atraídas por las virtudes que en ellos resplandecían y por los sabios consejos

morales que recibían de los labios de María.

Profetizada estaba en los libros sagrados la huída de Jesús. Isaías encabeza el capítulo XIX de sus profecías con estas palabras: «Vendrá el Señor á Egipto sobre ligera nube, y á su vista se conmoverán los ídolos.» Y, en efecto, al llegar el Señor humanado á Egipto en brazos de la espiritual nube María Santísima, cayeron los ídolos del error, convirtieronse en ruinas los nefandos templos, donde se rendía culto á varios animales, principalmente al buey Apis, y se adoraba á Isis, en cuyas fiestas se mezclaban hombres y mujeres cometiendo mil obscenidades y sacrificando víctimas humanas, y los pueblos fueron convirtiéndose á la religión del Dios verdadero, llegando á ser por largo tiempo emporio de civilización y centro de santas virtudes. En uno de sus sermones, modelos de sólida piedad y de estilo ático, exclamaba siglos más tarde el Crisóstomo: «Bendito sea Dios,

porque ha hecho tan fecundo en mártires el Egipto, que no solamente en esta región, sino también en las naciones vecinas y en todo el mundo son innumerables los cristianos nacidos en Egipto que han sellado su ardiente fe con la sangre de sus venas. Privilegio inapreciable es poseer los restos de esos piadosos atletas de la religión, que han manifestado tanta constancia en medio de los tormentos, tanta paciencia en los trabajos á que los sujetaban sus verdugos. Imitemos el ejemplo de los mártires, guardémonos de entregarnos á la molicie y á la depravación de costumbres, combatamos nuestras pasiones sin tregua ni descanso, para asegurar nuestra salvación y ceñir en el Cielo la corona de los santos.»

En Egipto vivieron los primeros monjes cristianos, que después se extendieron á la Palestina y la Siria, y en Egipto brillaron sabios Padres de la Iglesia y celosos obispos.

Al cumplir el niño un año le vistió

su amorosa madre con las siguientes prendas, hiladas y tejidas por ella: sandalias de hilo, un paño de honestidad y una túnica inconsútil de lana, de color morado algo plateado. Tal fué el vestido que usó durante toda su vida el Redentor del mundo, excepto las sandalias, que dejó desde el principio de su predicación, en cuyo tiempo andaba descalzo, y además un manto de color más obscuro, que también tejió su divina madre á su regreso á Nazareth. Estas prendas, lo mismo la túnica y el paño interior que las sandalias y el manto, fueron creciendo á medida que crecía el cuerpo, y nunca se rompieron ni deslucieron.

Permaneció la sagrada familia en Heliópolis dedicada á la oración, á la práctica de las virtudes y á los trabajos manuales hasta que Jesús hubo cumplido siete años, en cuyo tiempo se verificó lo que refiere el evangelista San Mateo en el capítulo segundo con estas palabras: «Sucedió, así que murió Herodes, que un ángel

del Señor se apareció en sueños á José en Egipto diciéndole: «Levántate, toma al niño y á su madre y vete á tierra de Israel, porque han muerto los que perseguían la vida de Jesús.»

Al momento de recibir esta orden marchó en compañía de Jesús y María, y como al llegar á la Tierra Santa supiese que reinaba en Judea Arquelaos, hijo y sucesor de Herodes, dirigióse sin entrar en Jerusalén á la provincia de Galilea, para residir de nuevo en Nazareth después de una ausencia de siete años, cumpliéndose la expresión de los profetas relativa á Jesús, *Nazareno será llamado*, pues fué conocido entre los pueblos de la Palestina con el nombre de *Jesús Nazareno*.

Era costumbre entre las familias judías ir cada año á Jerusalén, aunque la ley mosaica obligaba solamente á los varones, para visitar el santo templo en la época de la Pascua. José cumplió siempre con este precepto,

dejando en Nazareth á María y su divino hijo; pero el año que éste cumplió los doce de edad resolvieron ir los tres. Al salir de Jerusalén para regresar á su país, solían andar juntos los hombres y en compañía aparte las mujeres hasta el punto en que las familias se separaban para dirigirse á sus respectivos pueblos y provincias. Sucedió, pues, por permisión divina que José pensara que el niño, según costumbre, iba con su madre, y María supuso á su vez que, pues no lo tenía á su lado, iría entre los hombres en compañía de su padre; pero al llegar al punto donde habían de unirse, inmediato á la fuente llamada *El-Bir*, en dirección á la Galilea y Nazareth, observaron atónitos que el niño se había perdido.

Lacerados sus corazones por el dolor, volvieron presurosos á Jerusalén y no se dieron punto de reposo durante tres días, casi eternos para su aflicción y desconsuelo, buscándolo y preguntando por calles y plazas, por

las casas de los conocidos y por los hospitales, sin poder encontrarlo en ningún punto; hasta que por fin dieron con el que era su tesoro y su vida en el templo. Habíanse reunido allí los rabinos, maestros é intérpretes de las Sagradas Escrituras, según acostumbraban hacerlo periódicamente y cuando las circunstancias lo requirían, para deliberar acerca de si, atendiendo á la adoración de los pastores y reyes de Oriente en la cueva de Belén, al recelo é inquietud anteriores del rey Herodes y actuales de su hijo y sucesor Arquelao y á la misteriosa presentación habida años atrás en el mismo templo, había llegado la época de la venida del Salvador al mundo. Muy pocos, apoyándose en las profecías de David, Isaías y Jeremías y la más precisa de Daniel, juzgaban con buen acuerdo que el Mesías debía haber nacido y que á su persona se referían la adoración y la presentación; pero la mayor parte de los doctores sostenían la opinión con-

traria, arguyendo que, como verdadero rey de Israel, debía venir con visible aparato y majestad para restablecer en toda su grandeza histórica el reino de David y Salomón.

Jesús había solicitado humildemente permiso para asistir á la asamblea, y terminada que fué la discusión entre los rabinos, cuya victoria obtuvieron los últimos, pedida nuevamente la venia, confundió á todos con su infinita sabiduría, trayendo á perfecta relación y armoniosa concordia todas las profecías concernientes al Mesías y probando con sólidos argumentos y sublime elocuencia que debía venir al mundo, no con aparato de ejércitos y vestidura real para establecer un dominio temporal, sino humilde y manso de corazón para fundar por medio de la verdad y la justicia el reino universal de las almas.

Admirados y corridos de vergüenza los rabinos, levantaron precipitadamente la sesión, y entonces María, que con José había oído la última parte

del sublime discurso de Jesús, le dijo: «Hijo mío ¿por qué has obrado de ese modo, dejándonos en el mayor desconsuelo? Hace tres días que tu padre y yo llenos de dolor andamos buscándote por la ciudad.» Jesús con amoroso acento y frase misteriosa le contestó: «¿Por qué me buscabais? No sabéis que he venido al mundo para cumplir la voluntad de mi Padre celestial?» «Perdona, hijo mío, — continuó la madre, — á mi angustiado corazón maternal que tanto ha padecido en la creencia de que realmente te habías perdido, y permite que, regocijado por haberte encontrado en tu santa casa, se ofrezca humilde y sumiso á tu divino servicio.»

Volviéronse los tres augustos viajeros á su residencia de Nazareth, donde continuaron ocupados en la oración y el trabajo. Jesús crecía en edad y méritos ante Dios y los hombres, obedeciendo á sus dichosos padres, — *erat subditus illis*, — ayudando á éste en las tareas de su oficio y enseñando

á los ignorantes, curando á los enfermos y socorriendo á los pobres con las limosnas que recababa de los ricos; María, su feliz madre, cuidaba de la casa, escuchaba devota la doctrina celestial de los labios de su Hijo y cosía é hilaba para con su producto subvenir al gasto diario, porque su casto esposo comenzaba á perder las fuerzas corporales; José dedicábase al trabajo manual de su arte de carpintería, puesto siempre su espíritu en el Señor.

Pero la felicidad de la sagrada familia, basada en los firmes fundamentos de la virtud y el amor, iba á terminar pronto. A causa de las fatigas y penalidades sufridas en la ida, estancia y regreso de Egipto y del incesante trabajo material, contrajo José una enfermedad, que hoy llamaríamos reuma articular, que le causó intensos y continuos dolores, llevados con la mayor resignación y humildad, y que tras de ocho años de crueles sufrimientos acabaron con su vida,

expirando lleno de bendiciones en los santos brazos de su divino Hijo. Su dichosa alma fué al lugar de los justos, llamado *Seno de Abraham* por la Iglesia, de donde había de subir al Cielo con los demás santos de la antigua ley el día de la Ascensión del Señor. Murió á los sesenta años de edad, teniendo entonces Jesús veintiséis y María cuarenta y uno.

Inmenso fué el dolor que sufrieron Jesús y María por la muerte de José, modelo de padres y esposos. Jesús lloró considerando los males y desgracias sobrevenidos al mundo por el pecado original, que entre infinitas calamidades trajo la interminable serie de enfermedades que afligen al hombre y la tétrica muerte, la cual le privaba del más honrado y virtuoso de los padres, y María lloró por la pérdida de su compañero de sufrimientos y amarguras durante veintisiete años, el cual además había sido su escudo en los peligros y amparo de su virginidad.

VI

VIDA PÚBLICA DE JESÚS.—SU PREDICACIÓN Y MILAGROS.

Cuatro años después de este triste suceso, habiendo Jesús llegado á los treinta de su edad, debía salir de la vida oculta que hasta entonces había llevado en Nazareth y empezar la predicación, probando su divinidad por medio de milagros públicos, para preparar por estos medios la redención del género humano. Recibió previamente en el Jordán el bautismo de mano de su primo y precursor Juan, hijo de Zacarías é Isabel, y después se retiró al desierto, donde estuvo en continua oración y ayuno por espacio de cuarenta días, sacrificio que se impuso para dar ejemplo y sana enseñanza á sus futuros discípulos. Como

al cabo de esos días sintiera hambre, Satanás, que andaba receloso de la persona de Cristo, hizo un supremo esfuerzo para averiguar si era puro hombre ó el hijo de Dios anunciado por los profetas. Tres tentaciones le sugirió á este fin.

La primera, en el mismo desierto, tentación de orgullo, diciéndole:

«Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.»

«No vive el hombre de sólo pan,— contestó Jesús—sino más bien de toda palabra que procede de la boca de Dios.»

La segunda, tentación de impiedad, tuvo lugar en el pináculo del templo de Jerusalén, á donde consintió Jesús ser llevado por el demonio tentador, quien le dijo:

«Si eres hijo de Dios, arrójate desde aquí al suelo, porque está escrito: «Enviaré el Señor sus ángeles para que te lleven en sus manos, no sea que tu pie tropiece en las piedras.»

«También está escrito, — respon-

dió Jesús:—«No tentarás al Señor tu Dios.»

Tercera, tentación de vanidad. Subiólo el demonio á la cúspide de un monte muy elevado, desde cuyo punto le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, diciéndole:

—«Todos esos reinos te daré si postrándote me adoras.» Entonces con indignación le contestó Jesús:

—«Apártate de mí, Satanás, pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y á El sólo darás culto.»

Huyó irritado Satanás y al momento rodearon á Jesús multitud de ángeles, cantando himnos de gloria por el triunfo alcanzado contra el rey de las tinieblas.

Celebráronse por aquellos días unas bodas en Caná de Galilea, distante como dos horas de Nazareth, donde se habían desposado unos parientes en cuarto grado de María, á quien habían invitado; y sabiendo Jesús que allí se encontraba su madre, dirigióse con sus cinco primeros discípulos, los

cuales salieron á su encuentro, desde el desierto al pueblo, en donde comenzó á obrar públicamente milagros,—privadamente los había hecho siempre,— para acreditar su divina Persona y celestial doctrina. Eran estos primeros discípulos Andrés, Juan (discípulos antes del Bautista), Pedro, Felipe y Nathanael, los tres primeros naturales de la Judea y los otros de Galilea, con los cuales había ido á Nazareth para bautizar á su santísima madre antes de retirarse al desierto.

Sucedió en estas bodas que faltó vino á mitad de comida, y observándolo María dijo á Jesús: «No tienen vino;» y Jesús le respondió misteriosamente: «Mujer, — en hebreo no era término despreciativo, sino más bien palabra de distinción,—¿qué nos importa? No ha llegado la hora de cumplir mi misión.» María comprendió el verdadero y místico sentido de esta frase, y dirigiéndose á los criados les dijo:—«Haced lo que El os diga,» é

inmediatamente Jesús mandó llenar de agua los seis cántaros que en la casa había y la convirtió en exquisito vino.

Después de las bodas de Caná se dirigió Jesús con María á Cafarnaúm, ciudad populosa situada cerca del mar de Tiberiades, donde comenzó la predicación, pasando al cabo de unos días á Jerusalén para celebrar la Pascua, que era en el mes de Marzo, y terminada la festividad volvióse á Galilea.

Por entonces ocurrió la muerte del Bautista, reconocido como precursor de Cristo, porque como él ayunó, como él hizo austera penitencia, como él fué azotado mientras estuvo en la cárcel, y durante su vida, pasada toda en el desierto, predicaba de continuo y se abrazaba estrechamente á la cruz. Su sangrienta muerte fué de este modo. Herodes Antipa, rey de Galilea, después de repudiar injustamente á su esposa, vivía amancebado con Herodías, consorte de su hermano

Filipo, por cuyas relaciones ilícitas era severamente reprendido por el precursor. La infame adúltera odiábale de corazón, y aunque Herodes lo respetaba por sus virtudes, consiguió de éste que lo encarcelara en el castillo de Maqueronte. Aconteció por aquellos días que el rey celebró un banquete en obsequio de los magnates, al cual asistieron Herodías y su hija Salomé. Después del banquete bailó Salomé con suma gracia y lúbrica desvergüenza para lisonjear la sensualidad de Herodes, quien, prendado de la desenvoltura de la joven, le instó á que solicitara un premio, pues estaba dispuesto á concedérselo, aunque le pidiera la mitad del reino. Aprovechó tan propicia ocasión la perversa adúltera y, llamando aparte á su hija, le aconsejó que pidiera la cabeza del Bautista. El rey, aunque á disgusto, pero en cumplimiento de su palabra empeñada, mandó con esa orden el verdugo al castillo, y á los

pocos momentos recibió la deshonesta doncella Salomé en bandeja de plata la cabeza de la sagrada víctima Juan el Bautista, el más grande de los santos.

Era llegado el tiempo en que Jesús había de cumplir la misión divina que trajo al mundo por medio de la predicación y de los milagros; y en aquel momento, mientras el Salvador comenzaba á dirigir su sagrada palabra al pueblo de Israel, exhortándolo á la penitencia y la conversión, conmovióse irritado el espíritu de las tinieblas por sentir escapársele de las manos el despótico poder que ejercía sobre las almas. Simultáneamente celebrábanse dos asambleas, una en el Infierno y otra en la tierra, cuyos presidentes y oradores eran Lucifer, ángel caído, y Cristo, hijo de Dios, persiguiendo aquél como ideales el odio y la perdición, y éste el amor y la salvación. He aquí el discurso blasfemo del primero y el sermón celestial del segundo.

CONCILIÁBULO DEL INFIERNO

En aquellas lóbregas cuevas infernales, donde *nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat*, en las que no se oyen sino lamentos y gritos de desesperación, lanzados incesantemente por las almas condenadas á sufrimiento intensísimo y suplicio eterno, en cuyas paredes está escrita con caracteres de fuego la terrible sentencia *Semper et pro semper*, habitadas por millares de pecadores impenitentes, desde el fratricida Caín hasta el sanguinario Herodes, podía admirarse el justo y adecuado castigo impuesto por la cólera divina. Los impíos blasfemaban impotentes con sus abrasadas lenguas del inefable nombre de Dios; los avaros tendían entre inmundos insectos las manos acostumbradas á revolver los tesoros, causa de su perdición; los lujuriosos sorbían las nauseabundas heces de los deshones-

tos placeres que habían apurado en el mundo en copas esmaltadas de oro y brillantes; los soberbios eran pisoteados y humillados en castigo de su orgullo; los envidiosos estaban sumergidos en inmensos estanques de inflamado azufre; los homicidas sentían en sus negras entrañas los envenenados dardos con que habían sacrificado inocentes víctimas á su insaciable sed de sangre, y por todas partes se oían voces de confusión y espanto.

En lóbrega sala, débilmente alumbrada por la opaca luz desprendida del fuego de la maldición divina, reuniéronse todos los espíritus infernales presididos por Lucifer, quien, sentado en incandescente trono, les dirigió el siguiente discurso:

«Os he convocado á grande y solemne reunión, compañeros de infortunio, como acostumbro hacerlo cuando necesito de vuestro concurso para adoptar resoluciones importantes.

»Bien sabéis por experiencia propia nuestra triste historia. Creados por el

Altísimo con naturaleza púramente espiritual en el lugar supremo de los cielos; gozábamos de la visión beatífica en el inmenso océano de la Gloria, revestidos de refulgente luz y hermosura, y todos participábamos de dicha al parecer eterna, aunque en diverso grado según nuestra categoría, sumisos y obedientes á la voluntad divina.

»Pero Dios decretó que en el tiempo fijado por su Omnipotencia la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo, tomara por voluntad propia naturaleza humana que se uniría hipostáticamente á la Divinidad, y que á este Cristo, á la vez Dios y hombre, rindiéramos adoración en su doble naturaleza divina y humana. Nosotros, con acertado criterio, nos rebelamos, porque si era justo y natural mostrarnos sumisos á quien nos había creado y concedido la felicidad que gozábamos, no lo era que rindiéramos vasallaje á la naturaleza corpórea. Entonces levanté la bandera de justa insurrección al grito de *Non serviam*, y todos vos-

otros, que sumáis un número considerable, os adheristeis á mi estandarte; pero en aquel momento fuimos arrojados para siempre á estos lugares tenebrosos, desposeídos de nuestra hermosura y sufriendo eternamente los más crueles dolores y tormentos, privados de luz y de gloria y sometidos á espantosa confusión y quebranto.

»Bien recordaréis con cuánta astucia conseguí engañar á los primeros hombres, cerrándoles las puertas del Cielo que nosotros habíamos habitado; y desde entonces todo nuestro ahinco, nuestra continúa ocupación y constante anhelo se cifran en atraer á estos tormentos á los descendientes de Adán, pues no podemos sufrir en nuestro legítimo orgullo que siendo de naturaleza inferior vayan á ocupar los encumbrados puestos que perdimos.

»Compañeros, es preciso gritar eternamente: ¡Guerra y maldición al Dios que nos arrojó del Cielo á este lugar de condenación! ¡Odio implaca-

ble, persecución incesante contra el hombre!

»Contra Dios, ser omnipotente é infinito, nada podemos directamente; pero su omnipotencia no alcanza á impedir que sin cesar le maldigamos, que blasfememos de su nombre y le odiamos con todo nuestro espíritu. Respecto del hombre podemos mucho: testigos son los millares de almas que pueblan estas tenebrosas cárceles, y grande es el contingente que diariamente nos llega, merced al cuidado y solicitud que bajo mi dirección desplegáis para procurar su eterna condenación

»Pero hace algún tiempo, compañeros, y este es el objeto para que os he convocado, que me siento más inquieto que de costumbre, porque preveo que una desgracia nos amenaza. Desde la caída de los primeros hombres en el Paraíso terrenal se vienen sucediendo profecías, de que es depositario el pueblo hebreo, en las cuales, unas veces en sentido enigmá-

tico y otras en frase clara y precisa, se consigna la promesa, que nosotros oímos en el Cielo, de la encarnación del Verbo divino, el cual ofrecerá y dará su vida al Eterno Padre por la redención del género humano, librándolo de nuestra esclavitud y abriéndole las puertas de la Gloria, cerradas por el pecado original. En mis continuas excursiones por la tierra observo y estudio las familias y los sucesos humanos, y empiezo á sospechar que ya se trata del cumplimiento de las setenta semanas del profeta Daniel.

» Observo con mayor atención á todas las familias hebreas, especialmente á las descendientes de David, y tan sólo dos personas me traen inquieto y confuso, que son Jesús y su madre María, natural aquél de Belén y ésta de Nazareth. Ambos son castos, virtuosos, humildes, desprendidos de los bienes terrenos, piadosos, amantes del prójimo, y alguna vez he llegado á creer que él sería el Mesías prometido á su pueblo, y ella la virgen

profetizada por Isaiás. Esta idea se desvanece luego al pensar que María estuvo desposada con José el artesano y que Jesús, nacido de padres pobres en humilde establo, ni puede ser hijo de virgen ni tampoco el rey de Israel, pues de serlo viniera al mundo revestido de mayor poder y majestad de los que ostentaron los monarcas David y Salomón. Pero aun así, he tramado algunas maquinaciones para quitarle la vida, en la duda de si es Dios hombre ó algún nuevo profeta y varón santo; mas todas mis tentativas han sido inútiles, desde el degüello decretado bajo mi inspiración por Herodes hasta las tentaciones con que le he atacado en su reciente permanencia en el desierto.

»Sin perderlo de vista, convirtamos nuestra atención á la perdición de los hombres. Reflexionemos sobre los medios de que hemos de valernos. Comprendo bien la naturaleza humana y creo estar en lo cierto al afirmar que los flancos por donde debemos ata-

carla son: *la codicia*, que se encubre con el pretexto de allegar recursos con que satisfacer las necesidades corporales, *la soberbia* y *el orgullo*, originarios muchas veces de las riquezas y del excesivo amor propio, y *la lujuria*, que es el abuso de las criaturas en la satisfacción del placer de los sentidos. Con estos tres elementos, la codicia, la soberbia y la lujuria, sublevaremos las pasiones de los hombres y conseguiremos, no sólo el desprecio que se profesarán mutuamente, considerándose superiores entre sí, sino principalmente la indiferencia religiosa y el olvido de Dios.

»Nos encontramos en circunstancias gravísimas, porque si hasta hoy hemos sido árbitros de la tierra, en la cual somos adorados bajo diversas especies y formas por los hombres, á quienes premiamos su necedad sumergiendo sus almas en este lugar de tinieblas y dolores, cuando venga el Mesías,—y yo sospecho que este tiempo ó ha llegado ó está muy próximo,



—atraerá las naciones á su celestial doctrina de humildad, de paz y de amor, y predicándoles la verdad, nos despojará de nuestro cetro y dominio.

»Es preciso, pues, que redoblemos nuestros esfuerzos para la perdición de las almas, á cuyo fin os distribuiré nuevamente en legiones según vuestra capacidad y astucia para que atacuéis á los hombres de la tierra, llevando esta triple divisa, *Codicia*, *Orgullo* y *Lujuria*, que disfrazaréis, si las circunstancias lo exigen, con los nombres de *Progreso*, *Libertad* é *Independencia*.

»Compañeros, antes de separarnos exclamemos: ¡Guerra á Dios, cuyo nombre sea maldito por toda la eternidad, y odio sempiterno á los hombres, cuya perdición y condenación anhelamos con todas las energías de nuestro espíritu!»

»¡Guerra á Dios y odio á los hombres!» contestaron con horrible acento todos los oyentes.

Levantó la sesión Lucifer en medio

de estrepitosos alaridos y horribles blasfemias, é internáronse los espíritus infernales en los ántros tenebrosos para afligir con nuevos tormentos las almas de los tristes condenados.

SERMÓN DE LA MONTAÑA

Viendo Jesús que le seguían las turbas, ávidas de escuchar su palabra, pues iba extendiéndose la fama de su nueva doctrina, se dirigió hacia la montaña de Hittín, desde donde se descubrían los históricos montes del Tabor, Hermón, el Líbano y el Galaad y el mar de Tiberiades.

El día era hermoso y de temperatura apacible. Divisábase desde la cúspide el dilatado horizonte, cubierto por diáfanas nubes y bañado por brillante sol, cuyos rayos reflejaban en la serena y espaciosa frente del Salvador. Los campos ostentaban ufanos el verdor de sus plantas y los dorados frutos de sus árboles; al pie de la

montaña serpenteaban riachuelos de plata, nacidos de límpidos manantiales, donde los sencillos pastores abrevaban sus ganados, y la naturaleza entera se presentaba lozana y espléndida.

Al subir el Salvador la falda del monte bordada por las anhelosas turbas, rugieron con mayor fuerza y desesperación las furias del Averno, mientras los coros angélicos entonaban ante el trono del Altísimo el eterno *Hosanna* al compás de sus arpas de oro.

Dirigió Jesús su célica mirada al Eterno Padre, y, volviéndose después hacia las turbas, pronunció este discurso tan sencillo como elocuente en la forma y nutrido de sublimes pensamientos:

«Amados de mi corazón, escuchad mis palabras de vida eterna.

»Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos:

»Bienaventurados los humildes, por-

que poseerán paz y felicidad en la tierra:

»Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados:

»Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, porque de ella serán hartos:

»Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia:

»Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán á Dios:

»Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios:

»Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos.

»Felices seréis cuando por mi causa os maldigan los hombres y os persigan y calumnien: alegraos y regocijaos, porque vuestro premio será grande en el Cielo.

»Sabéis que se dijo á los antiguos: «No matarás, No cometerás adulterio, Amarás á tu prójimo;» mas yo os digo: «El que se irritare contra su hermano ó lo insultare, será castigado;

El hombre que desee la mujer ajena, comete adulterio en su corazón; Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos dignos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos y sobre justos é injustos envía la lluvia benéfica.

»No atesoréis riquezas en la tierra, que las corrompen el orín y la polilla y las roban los ladrones; atesorad riquezas en el Cielo, que ni se corrompen ni se usurpan: donde está lo que estimas por tesoro, allí está tu corazón, y como no es posible servir á dos señores, si amas la riqueza, no podrás amar á Dios. No andéis solícitos pensando cómo alimentaréis y vestiréis vuestro cuerpo; mirad las aves, que ni siembran ni cosechan, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Acaso vosotros no sois superiores á ellas? Salomón, con toda su gloria, no se vistió con tanto esplendor como los lirios del campo.

»Socorred al necesitado; pero cuando deis limosna, no lo publicuéis, sino hacedla tan secretamente que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha.

»Cuando oréis, no imitéis á los gentiles que rezan en las plazas para ser vistos y hablan mucho para ser tenidos por piadosos. Mas vosotros habéis de orar con estas palabras: Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, vénganos tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como se hace en el Cielo: Concédenos hoy el pan de nuestro sustento, y perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, antes líbranos de mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Descendió del monte la turba, heridos sus corazones de amor al Salvador; y admirados de la sublime moral que les había predicado, se decían unos á otros: «Verdaderamente es el

Mesías prometido que viene á redimirnos, ó bien algún profeta superior á los antiguos: ¿no os encantaba el fuego que despedía de sus hermosos ojos, cuya mirada no podíamos resistir, y el amor con que brotaban de su boca bendita las dulces palabras y los sanos consejos? ¿Y qué sabio ni profeta predicó jamás una doctrina tan celestial y tan pura, que bien observada llenaría de felicidad el mundo y convertiría la tierra en paraíso? ¡Bendito sea Jesús Nazareno, maestro y bienhechor de los hombres!»

Llenas están las páginas de oro de los cuatro evangelistas de las pláticas ó discursos pronunciados por el Salvador en los tres años de su vida pública, durante los cuales no cesó de adoctrinar á las gentes en la nueva ley de gracia, valiéndose generalmente de parábolas enunciadas con palabras dulces y estilo sencillo, en cuya forma expresaba los más sublimes pensamientos.

María Santísima fué compañera so-

lícita del Salvador en la vida pública, como había sido su compañera inseparable y cariñosa en los treinta años que precedieron á su predicación.

En la imposibilidad de trasladar todos los discursos, nos fijaremos en la Parábola del Hijo pródigo, el Diálogo con la Samaritana y el Sermón de la Sinagoga de Cafarnaúm; tomados, la primera de San Lucas, y los dos últimos de San Juan.

PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

Habiéndose acercado á Jesús una multitud de publicanos y pecadores para oír su divina palabra, conociendo el Salvador su arrepentimiento y buena voluntad, les dirigió la siguiente parábola:

«Un hombre tenía dos hijos, el menor de los cuales le dijo un día:

»Padre, dame la parte de herencia que me corresponde. Entonces repartió el padre entre ambos hijos la ha-

cienda. Al cabo de pocos días, el menor, reducida á dinero su herencia, se marchó á país extranjero, en donde, viviendo disolutamente, consumió toda su riqueza. Después que hubo gastado el capital, sobrevino en aquel país la miseria y el hambre, y pobre y necesitado hubo de ponerse á servir en casa de un hacendado de aquella tierra, el cual lo envió á una granja, destinándolo á la guarda de cerdos. Tan escasa era la merced con que el dueño recompensaba su trabajo, que envidiaba las bellotas y cáscaras que comían los cerdos. Reflexionando sobre su triste situación, se decía: ¡Ay de mí, cuántos jornaleros de mi padre tienen abundante alimento, mientras yo estoy aquí pereciendo de hambre! Estoy resuelto: iré á mi padre y le diré: Padre mío, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, pero admítame en tu casa y considérame como uno de tus criados. Con esta resolución se dirigió animoso hacia su patria.

Estando todavía lejos, vióle venir su padre: enternecióse de júbilo, y corriendo á su encuentro, lo colmó de besos y abrazos. Lleno el hijo de confusión y vergüenza, exclamó con dolorido acento: ¡Padre mío, no soy digno de ser llamado hijo tuyo, porque he pecado contra el Cielo y contra ti! Mas el padre, llamando á sus criados, les dijo: Traed pronto el mejor vestido que haya en casa, ponedle un anillo en el dedo y calzadle con sandalias sus desnudos pies; además matad un ternero cebado para que alegres celebremos un banquete, pues este hijo mío estaba muerto y ha resucitado, habíase perdido y hoy ha sido hallado.»

En esta parábola figuran tres personajes: el padre, que es Dios; el hijo mayor, ejemplo del hombre fiel y piadoso, y el hijo menor, imagen del infeliz pecador.

Dios concede al hombre la vida, la salud, las fuerzas corporales y las facultades del espíritu para que con

arreglo á la ley natural, grabada en su conciencia, y la positiva, promulgada en el Sinaí, haciendo uso racional del libre albedrío, le sirva y adore en este valle de peregrinación, mostrándose digno de la gloria eterna que tiene prometida á los que cumplen sus divinos preceptos.

Retrato del buen cristiano es el hijo mayor. Sumiso y obediente á su Creador, cuya representación en el seno de la familia es el padre, vive tranquilo y dichoso durante largos años, porque Dios ha prometido feliz y dilatada vida á los que honran á sus padres y con su ejemplar conducta allegan méritos para el Cielo, su patria eterna.

El hijo menor es la imagen del pecador arrepentido, quien, si no por la inocencia, en mal hora perdida, obtiene la gloria por la penitencia, segunda regeneración del alma;—en el Cielo gozan felicidad eterna lo mismo el inocente Juan Bautista que la pecadora Magdalena.—Viéndose joven y

rico, acosado por funestas pasiones, abusa de las fuerzas que Dios le dió; se entrega al lujo, al juego, á la deshonestidad, cuyos actos recorre hasta el vil embrutecimiento; y cuando, disipadas sus riquezas y agotada su salud, se encuentra pobre, débil, enfermizo, encorvado su antes esbelto cuerpo bajo el peso del vicio, manchada por el pecado su alma, próximo á la desesperación, se siente movido por la gracia divina que á nadie olvida, vuelve su espíritu á Dios, y con dolor en el corazón y lágrimas de fuego en los ojos confiesa su pecado y pide perdón al Padre de las misericordias, quien lo recibe con los brazos abiertos, felicitándose por haber recobrado un hijo durante tanto tiempo perdido.

DIALOGO CON LA SAMARITANA

Yendo Jesús desde Judea hacia la Galilea, de regreso de la celebración de la Pascua en Jerusalén, al atrave-

sar la provincia de Samaria, llegó cerca de Sicar, que era la antigua Siquém, y enviando sus discípulos á esta ciudad para que se proveyeran de alimento, fuése al predio ó heredad que siglos antes había comprado el patriarca Jacob y legado á su hijo José, en donde fué éste enterrado: en esa posesión estaba el llamado *pozo de Jacob*, de donde se surtían los habitantes de Sicar. Estando Jesús junto al pozo en actitud de descansar del largo camino que había hecho, siendo la hora de las doce de un día de apacible primavera, llegó en busca de agua una agraciada mujer samaritana, llamada Fótima, y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

JESÚS. Dame un poco de agua, que estoy sediento.

FÓTIMA. ¿Cómo, siendo judío, me pides agua á mí que soy samaritana? (1)

(1) Existía, en efecto, cierta enemistad entre ambas provincias, nacida de no haber admitido los judíos la cooperación de los samaritanos en la reedificación del templo de Jerusalén, que tuvo lugar al regreso de la cautividad de Babilonia.

JESÚS. Si conocieras la gracia de Dios y supieras quién te pide agua, seguramente tú la pedirías y él te daría agua de vida.

FÓTIMA. Señor, no tienes vasija para sacar agua y además el pozo es bastante profundo: ¿de dónde, pues, has de extraer el agua de vida? ¿Por ventura eres tú superior á nuestro padre Jacob, que nos dió el pozo y del cual bebía lo mismo él que sus hijos y sus ganados?

JESÚS. Todo el que bebe de esta agua siente de nuevo sed, pero el que bebiese la que yo le daría, jamás tendrá sed, porque en su interior se convertiría en fuente que desembocaría en la vida eterna.

FÓTIMA. Señor, dame esa agua para que nunca sienta sed ni haya de venir aquí á sacarla.

JESÚS. Vé en busca de tu marido y vuelve con él.

FÓTIMA. No tengo marido.

JESÚS. Bien has dicho que no tienes marido, pues tuviste cinco y el

que ahora vive en tu compañía no es marido.

FÓTIMA. Señor, veo que eres profeta. Dime, pues; nuestros padres adoraron á Dios en este monte llamado Garicím, y ¿por qué los judíos decís: Jerusalén es el único lugar de adoración?

JESÚS. Mujer, créeme; se acerca el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis públicamente al Padre, sino en todas partes. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación ha de venir de la Judea. Llega el tiempo en que los realmente creyentes adorarán al Padre en espíritu y verdad, y éstos son los que su divina voluntad busca. Dios es espíritu, y por esto en espíritu y en verdad debe de ser adorado.

FÓTIMA. Yo sé que ha de venir el Mesías, llamado Cristo, y que cuando venga nos enseñará la verdadera fe y nos anunciará la gloria eterna.

JESÚS. El Mesías es quien habla contigo.

En esto llegaron los discípulos. Dejó la mujer el cántaro y, corriendo presurosa á la ciudad, dijo á sus habitantes: «Venid á ver un hombre que me ha dicho cuánto he hecho en mi vida y presumo que es el Mesías.» Dirigiéronse hacia el pozo, y después de oírle le rogaron se quedase con ellos en Sicar, á cuya petición accedió Jesús, permaneciendo dos días en su compañía. Muchos se convirtieron y gozosos decían á Fótima: «Ya no creemos por tu relación, pues le hemos oído y comprendemos que verdaderamente es Cristo, Salvador del mundo.»

En este diálogo, tan bello como interesante, se muestra de un modo ostensible el celo ardiente de Jesús por la salvación de las almas, y si á los samaritanos revela más claramente que á los judíos su divinidad, es debido indudablemente á la sencillez y solicitud de ese pueblo que

creyó con sola la palabra y sin necesidad de milagros, mientras los judíos, principalmente los escribas y fariseos, lo mismo que los sacerdotes, ni escuchaban con humildad, antes con marcado desprecio, la divina palabra, ni creían los admirables prodigios obrados á su vista.

El *agua viva* que ofrece Jesús á la samaritana, significa en sentido metafórico el espíritu de santificación con que premia el Redentor á los creyentes y piadosos, la gracia divina que los conduce á la vida eterna.

Respecto de la adoración declara que el hombre daría á Dios verdadero culto cuando tuviera en su interior el Espíritu Santo. La adoración, dice el Salvador, ha de prestarse en espíritu y verdad, es decir, no sólo con palabras y signos, que constituyen el culto externo, sino también con afecto interno nacido del corazón, y con todas las fuerzas del alma agradecida á los beneficios de su Creador.

SERMÓN DE LA SINAGOGA DE CAFARNAÚM

Estando Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm con los apóstoles y otros discípulos, muchos de los cuales habían sido alimentados con la multiplicación de los panes y los peces, y frecuentemente se acercaban á Él con el exclusivo objeto de que repitiese algún milagro para poder de nuevo saciarse, les dijo:

«En verdad os digo que me habéis buscado, no en virtud de los milagros que habéis presenciado, sino para que os proporcione alimento con que nutrir vuestros cuerpos. Trabajad para obtener, no el alimento que perece, sino el que persiste eternamente, el cual os dará el Hijo del hombre.

»¿Qué hemos de hacer para ser agradables á Dios?

»La obra grata á Dios es que creáis en Aquel que envió para salvar al mundo,

»¿Qué milagros haces Tú para que creamos que eres el Mesías? Nuestros padres comieron en el desierto el maná, que era pan del Cielo.

»En verdad os digo que Moisés no os dió pan del Cielo, sino que ahora se os da, pues verdadero pan de Dios es el que descende del Cielo y vivifica el mundo.

»¡Señor, danos siempre ese pan!

»Yo soy el pan de vida: el que á mí venga no tendrá hambre y el que en mí crea jamás tendrá sed; mas vosotros, aunque me veis y presenciáis mis obras, no creéis en mí. Todo el que es del Padre vendrá á mí y no lo desecharé, porque no para hacer mi voluntad bajé del Cielo, sino para cumplir la del que me envió, para que no pierda ninguno de los que me entregó, sino que los resucite en el último día y que todo el que crea en el Hijo tenga vida eterna.»

Conociendo que murmuraban porque no entendían el sentido místico de estas palabras, continuó:

«No murmuréis y creedme. Nadie puede venir á mí, si el Padre no lo trajere, pero el que en mí crea, gozará de vida eterna. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron, mas el que comiere el pan bajado del Cielo, no morirá. Yo soy pan de vida, y este pan es mi carne, que daré por la vida del mundo. Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no viviréis, pues mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Así como el Padre me envió para glorificarle, todo el que coma mi carne me glorificará.»

Muchos discípulos no creyeron las palabras del Salvador, y salieron de la Sinagoga. Entonces dijo Jesús á los Apóstoles:

«¿También vosotros me dejáis?» Y respondió Pedro: «¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna; en ti creemos y te reconocemos por Cristo, hijo de Dios vivo.»

En este discurso se establece un paralelo entre el hombre sensual y el

espiritual. Jesucristo había dicho en otra ocasión: «No de solo pan vive el hombre, sino principalmente de toda palabra que procede de la boca de Dios.» El Salvador atiende en esta sentencia á la doble vida, la animal y la espiritual, que constituyen el compuesto humano. La vida del cuerpo exige el trabajo material, con cuyos productos se satisfacen las necesidades fisiológicas, y, en este concepto, el trabajo es una ley impuesta á la humanidad, pero con tal sabiduría dispuesta por su autor, que además de sostener la vida física proporciona la salud corporal. Mas no debe el hombre dedicarse exclusivamente á este trabajo, que sólo mira á una parte, la inferior, de su ser, sino que, confiando en la Providencia divina, ha de atender preferentemente á la vida espiritual del alma. Por eso viene á decir: No os afanéis por las cosas terrenas, que proporcionan comodidad al cuerpo, sino buscad más bien la justicia y la santificación.

El verdadero pan ó sustento del alma es el cuerpo sacrosanto del que bajó del Cielo para redimir al hombre, en el cual existe la virtud divina, porque es el mismo Dios que comunica la vida al mundo, y se da, no sólo á un pueblo como el maná del desierto, sino á todo el que quiere recibirlo. En la fe humilde y sincera en la doctrina del Evangelio, en la práctica constante de buenas obras y en la digna recepción de los santos sacramentos consiste la verdadera vida espiritual, que hace feliz al hombre en la tierra y lo constituye heredero del Cielo.

El corazón amantísimo de Jesús no se satisfacía con enseñar la divina doctrina, sino que, compadecido de las enfermedades que aquejan á la humanidad doliente, curábalas con portentosos milagros, recorriendo sin descanso las plazas y las calles, los montes y las llanuras, los campos y las ciudades. Con la eficacia de su palabra los sordos recobraban el oído, los mudos el habla, la vista los ciegos, el

movimiento y agilidad los paralíticos, sosegábase el mar enfurecido, calmábanse los alborotados vientos, quedaban libres los posesos y resucitaban los muertos, como sucedió, entre otros casos, con la hija de Jairo y con Lázaro de Betania, cuyos dos últimos milagros vamos á referir sucintamente.

Resurrección de la hija de Jairo

Estando un día el Salvador predicando y obrando admirables prodigios, llegó un príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, y arrojándose á sus pies, le dijo con dolorido acento: «Mi hija está muriendo; ven, pon tu mano sobre ella, para que se salve de la enfermedad y viva.» Marchó con él Jesús, seguido de mucha gente; mas á los pocos pasos recibió Jairo la triste noticia de que su hija había fallecido. Jesús, compadecido de su dolor, le dijo: «Ten fe y no temas.»

Llegados á la casa, no permitió entrar sino á los padres y á sus tres discípulos predilectos Pedro, Santiago y Juan, y mandó salir á los que rodeaban el lecho mortuorio, diciéndoles: «¿Por qué os affigís y lloráis? La niña no ha muerto, sino que duerme.» Salieron burlándose de las últimas palabras, porque les constaba que estaba muerta, y su corazón sensual no les dejaba comprender el sentido místico de las mismas. Tomando entonces Jesús la mano de la difunta, que contaba al morir doce años de edad, dijo en siro-caldeo: «*Talitha, cumi* (Niña, levántate,）」 y al instante resucitó con plena salud, restituyendo la alegría á sus affigidos padres y causando en todos extraordinaria admiración.

Resurrección de Lázaro de Betania

María Magdalena y Marta, habitantes en Betania, ciudad distante dos millas de Jerusalén, sabedoras

del punto en que se encontraba Jesús, que era cerca del Jordán, enviaron á participarle que su hermano Lázaro estaba enfermo. Jesús, que amaba á tan santa familia, respondió: «Esa enfermedad no es mortal, sino dispuesta para que por ella sean glorificados el Padre y el Hijo de Dios.» Permaneció en el mismo sitio dos días más, pasados los cuales dijo á sus discípulos: «Vamos á la Judea, porque Lázaro ha muerto, y me alegro, para que se afirme vuestra fe.»

Cuando llegaron á Betania hacía cuatro días que había fallecido Lázaro, y su casa estaba llena de judíos que procuraban consolar á ambas hermanas. Tuvo noticia Marta de la llegada de Jesús, y salió presurosa á su encuentro, diciéndole:

«Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto; pero, aun así, sé que Dios te concederá cuanto le pidas.»

«Tu hermano resucitará,»—contestó amorosamente el Salvador.

«Ya sé que resucitará el último día del mundo.»

«Yo soy la resurrección y la vida: el que en mí cree, aunque fuere muerto, vivirá, y todo el que vive creyendo en mí, jamás morirá. ¿Lo crees tú así?»

«Sí, Señor, yo creo que Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, que has venido del Cielo á este mundo.»

Volvió Marta á su casa para avisar á Magdalena, la cual corrió hacia El, acompañada de los judíos que habían ido á consolarlas, y arrojándose á los pies de Jesús, le dijo, inspirada por la misma fe de su hermana: «Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.»

Preguntóle el Salvador el sitio del sepulcro, y ella, triste y amorosa, le contestó: «Ven y lo verás.»

Así que llegaron, dijo Jesús:

«Quitad la piedra que cubre el sepulcro.»

«Señor,—repuso Marta,—su cuerpo

hiede, porque hace cuatro días que fué enterrado.»

«¿No te he dicho,—advirtió Jesús,—que si creyeres verías la gloria de Dios?»

Retirada la piedra del monumento, levantando el Salvador los ojos al Cielo, dijo: «Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado; ya sabía que siempre me oyes, mas lo digo para que el pueblo que está presente crea que Tú me has enviado.» Y después de esta acción de gracias exclamó con fuerte voz: «Lázaro, sal del sepulcro.» Al instante resucitó Lázaro, y salió de la sepultura, sin que fueran obstáculo para ello las ligaduras que sujetaban sus pies y manos, según costumbre hebrea, ni el sudario que cubría su rostro.

La sublime doctrina emanada de los divinos labios del Salvador y los portentosos milagros obrados por la eficacia de su palabra, como viva expresión del amor infinito que su corazón profesaba á los hombres, produ-

jeron durante los tres años de su vida pública admirables efectos. En la Judea y en la Galilea, en toda la Palestina, eran innumerables las conversiones á la nueva religión; Jesús era reconocido por todas partes como el Mesías anunciado por los profetas de la antigua ley, y su doctrina, confirmada con milagros, había de producir, en el transcurso de los siglos, inmensas legiones de santos, de vírgenes y de mártires, renovando con su fecunda savia el espíritu de la humanidad y la constitución de la familia y de la sociedad entera.

Durante el tiempo de la predicación del Salvador su amantísima madre, María Santísima, no se separaba sino en pocas ocasiones de su lado, acompañada á su vez de devotas y santas mujeres, entre las cuales se contaban María de Cleofás, María de Salomé, Susana y la Magdalena.

María tenía pleno conocimiento de la celestial doctrina predicada por su divino Hijo, pues, dotada de grandes

excelencias, como correspondía á su carácter de madre virginal del Redentor, conocía intuitivamente á Dios, y además había aprendido de los labios del mismo fundador los dogmas y misterios del Cristianismo. En no pocas ocasiones obró también milagros y contribuyó con su dulce palabra á la conversión de los pecadores, que la escuchaban admirados de la sabiduría y de las virtudes que en ella resplandecían.

VII

PASIÓN Y MUERTE DEL SALVADOR.

El jueves anterior á la Pascua de los Acimos, que en la nueva Iglesia había de denominarse Pascua de Resurrección por la gloriosa del Salvador, y cuatro días después de su entrada triunfante en la capital de Jerusalén, que había hecho por la puerta *Dorada*, montado á estilo de los antiguos Jueces de Israel, obteniendo una entusiasta recepción por parte de los judíos, que lo aclamaban como el Mesías venido en nombre del Señor y alfombraban el suelo de las calles con palmas y verdes ramas de olivo, y llenos de entusiasmo por su rey arrojaban los hombres los mantos y los velos las mujeres, salió Jesús á primeras horas de la tarde de Betania con los doce apóstoles y varios disci-

pulos, seguidos á corto trecho de su madre Santísima, de María Magdalena y algunas otras devotas mujeres que los habían acompañado continuamente desde la Galilea. Antes de llegar á Jerusalén, punto á donde se dirigía, envió delante á Pedro y Juan para que previniesen el local donde se proponía celebrar la cena legal de la Pascua, que era en la casa de un rico propietario muy afecto á la persona y doctrina del Redentor. Así que hubieron llegado, Jesús con sus apóstoles y discípulos ocuparon una vasta sala, perfectamente dispuesta con una larga mesa en su centro, y María y las otras santas mujeres se retiraron á un cuarto inmediato.

Celebró Jesús la cena legal con todas las ceremonias prescritas por Moisés, y después, quitándose el manto y ciñéndose una larga tohalla, ordenó á los apóstoles que se sentaran, y puesto Su Majestad de rodillas fué lavando sucesivamente los pies á todos ellos, prestando este sublime acto

de humildad para confusión de la soberbia humana.

Después de la cena legal y del lavatorio celebró Jesús la cena sacramental del modo siguiente. Puesto en pie tomó el pan, en el cual quiso instituir el augusto Sacramento de la Eucaristía, convirtiendo la substancia del pan en su real y verdadero cuerpo, lo bendijo, y partiéndolo dió á los apóstoles sendas fracciones di-diéndoles: «Tomad y comed; este es mi cuerpo:» bendijo igualmente después el vino contenido en el cáliz, entregándolo á los mismos apóstoles con estas palabras: «Bebed todos: esta es mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros será derramada para el perdón de los pecados.» Estuvieron presentes en tan solémne acto, en que se promulgaba la ley de gracia, Enoc y Elías, representantes respectivamente de la ley natural y la positiva.

Después de elevar Jesús con sus divinas manos el pan y vino consa-

grados para que los discípulos adorasen su cuerpo y sangre, comulgó el mismo Salvador, y partiendo un trozo del pan consagrado, lo entregó al arcángel Gabriel para que comulgase su Madre Santísima, en cuyo virginal pecho se mantuvo incorrupto hasta la Resurrección, cumpliéndose de este modo admirable la promesa hecha por Cristo de permanecer en el mundo hasta el fin de los siglos, pues durante los tres días que transcurrieron desde la muerte hasta la resurrección, fué María el sagrario donde descansaban el cuerpo y la divinidad de su amantísimo hijo. En seguida entregó Jesús á los apóstoles fracciones del pan y el cáliz, tomándolos cada uno en sus manos, como sacerdotes de la nueva Iglesia, y Pedro los administró á Enoc y Elías: los ángeles retiraron ambas especies de la boca inmunda del pérfido Judas, quien se proponía exhibir la parte del pan consagrado á los rebeldes judíos

para hacer burla y escarnio de tan augusto misterio.

Después de instituir el santísimo Sacramento de la Eucaristía, dirigióse Jesús al huerto de Getsemaní, y de allí al monte Olivete con sus once apóstoles fieles, pues el traidor Judas se desvió encaminándose al encuentro de los príncipes de los sacerdotes para concertar la manera de prender á su Maestro, y adelantándose con los tres predilectos Pedro, Juan y Santiago á pocos pasos de ellos, oró en genuflexión, ofreciéndose á su Eterno Padre como víctima expiatoria de los pecados del mundo.

Estaba decretado, con santa aceptación por parte de María, que durante la Pasión sufriese la Madre en su virginal cuerpo los acerbos dolores que experimentara su Hijo, como si también ella fuese abofeteada, azotada y martirizada con toda clase de tormentos. María oró como Jesús: dejando en la sala á las mujeres que la acompañaban, retiróse á otro cuar-

to interior á hacer oración con las tres Marías, que eran María Magdalena, María Cleofás y María Salomé, y prostrada en tierra, ofrecióse también á Dios como víctima; y al igual de su amantísimo Hijo, sudó gotas de sangre por la aflicción que á su alma pura y candorosa causaba la consideración de que los tormentos y muerte de Cristo serían infructuosos, no obstante su valor infinito, para muchos hombres ciegos en la culpa y obstinados en el pecado.

Antes de empezar la Pasión, quiso Jesús mostrar su divina autoridad con dos fines, el de fortalecer en la fe á los apóstoles y el de despertarla en los pérfidos judíos si no se opusiese su corazón malvado, y así por dos veces, después de recibir el traidor beso de Judas, preguntó á la turba que iba á prenderle: «¿A quién buscáis?» y habiendo ellos respondido: «A Jesús Nazareno,» les dijo con severa majestad: «Yo soy,» y por dos veces cayeron hacia atrás en tierra, de donde no se

hubieran levantado á no intervenir la especial permisión del Salvador, quien, al mismo tiempo que manifestar el poder de su divina palabra, quería cumplir las profecías consignadas en las sagradas Escrituras.

Atáronle con una fuerte cadena de hierro que servía para levantar la puerta de un calabozo, ciñéndole la cintura y aprisionándole las manos en la espalda, y ligaron la parte superior del cuerpo con fuerte soga, dejando pendientes ambos extremos, de los cuales tiraban adelante y atrás, derribándole con frecuencia, dando con su divino rostro en tierra; y en esta forma lo condujeron al palacio de Anás. Preguntóle hipócritamente este pontífice cuál era la doctrina que predicaba conmoviendo á toda la Judea, y lleno de mansedumbre contestó que su doctrina era conocida por todos, porque siempre había hablado en público, y que tendría exacta ciencia de ella preguntando á los judíos que la habían oído



de sus labios. Esta respuesta lógica y natural, porque sabía que el pontífice no había de dar crédito más que á las calumniosas acusaciones de sus enemigos, dejó confuso al pérfido Anás; pero uno de sus ministros puso su sacrílega mano en el divino rostro del Salvador, quien humildemente le dijo: «Si he faltado, dime en qué, y si no he faltado ¿por qué me hieres?»

Anás envió aquella turba con Jesús preso á su suegro Caifás, que ejercía el pontificado aquel año, con quien estaban los escribas y fariseos, de antemano avisados. Depusieron falsos testigos mil acusaciones, no sólo faltas de verdad, sino también contradictorias, á las que nada repuso el acusado por más instancias que le hizo Caifás, deseoso de hallar motivo ó pretexto para condenarlo á muerte; pero intimándole este sumo sacerdote *en nombre de Dios vivo* que dijera si era Cristo hijo de Dios, contestó por respeto al nombre de su eterno Padre: «Yo soy Cristo, hijo de

Dios vivo, y veréis al Hijo del hombre, sentado á su diestra, venir sobre las nubes del Cielo.» Satánicamente irritado Caifás con esta respuesta, exclamó: «Ha blasfemado, para qué necesitamos testimonios? ¿qué os parece?»— «Que es digno de muerte»—respondió la turba, lisonjeando la ira del Pontífice.

Después de esta escena, acaecida á media noche, encerraron hasta la madrugada del siguiente día, viernes, al Salvador, sin soltarle la cadena ni la soga, en un calabozo situado en los sótanos de la misma casa, que servía para custodia de los más grandes criminales. Suceso fué que conmovió á los mismos ángeles ver á un Dios-hombre abofeteado, escarnecido, pisoteado, encerrado en lóbrego calabozo como el mayor de los criminales, sin poder moverse de la columna donde lo habían atado, en pie toda la noche y derramando sangre purísima de sus manos fuertemente aprisionadas.

Solo, triste, abandonado de sus más

caros discípulos, previendo con su ciencia infinita el cruento fin del drama en que asumía toda la responsabilidad de los delitos y crímenes de la criatura racional contra su Creador, afligía su espíritu, no la pasión que sufría, ni la muerte que había de coronarla, sino el convencimiento profundo de que su sacrificio sería inútil para muchos hombres que renegarían de Dios y menospreciarían la sublime doctrina del Crucificado. Un solo consuelo tenía en su angustiosa situación. María, puesta en la casa del Cenáculo en oración constante por los atropellos de que era víctima su Hijo adorable, le consolaba desde su retiro con actos de adoración, en los cuales ofrecía su amor de madre y las heridas de su corazón maternal en satisfacción de la negra ingratitud de los hombres.

Al amanecer del viernes subiéronlo desde el calabozo á la sala donde estaba el tribunal, constituido por los ancianos, los fariseos y los escribas,

presididos por el sumo sacerdote Cai-fás, y reproducida malignamente la pregunta de si era hijo de Dios, que Jesús contestó en sentido afirmativo, como lo había hecho la noche anterior, fué condenado á muerte por blasfemo y conducido al palacio del Gobernador Poncio Pilato para que firmase el decreto en nombre del Emperador romano, á cuyo dominio pertenecía la Judea en el orden temporal. Lleváronlo en la misma forma, escupiéndole en el rostro, abofeteándolo, dándole empellones y derribándolo en tierra: horrible espectáculo que fué presenciado por multitud de personas de Jerusalén y de las provincias que habían acudido á la Capital para asistir á la celebración de la Pascua. Durante este tránsito salió del Cenáculo María Santísima, acompañada del apóstol Juan y las santas mujeres, y cruzando presurosa por la turba, se encontró con su Hijo, á quien adoró postrada en tierra, en desagravio de las ofensas y oprobios que sufría de

aquellas desalmadas fieras, y ya no se separó de su lado hasta que exhaló el último suspiro en la Cruz. Aquellos infames sayones, tan crueles con la divina víctima, respetaron los intensos dolores y la afflictiva situación de la madre.

Presentado Jesús en el Pretorio, preguntó Pilato:

«¿Qué acusación traéis contra este hombre?»

«Si no fuera malhechor,—contestaron,—no te lo trajéramos.»

«¿Pues qué delito ha cometido?»

«Es un sedicioso que se proclama nuestro rey y desconoce la autoridad del César, incitando á que no se paguen los tributos, y además predica por toda la Judea una nueva doctrina, titulándose hijo de Dios.»

«Pues, en ese caso, juzgadle según vuestras leyes, que yo no encuentro causa para ello.»

«Nosotros no podemos condenar á muerte ni ejecutarla, correspondiendo ambas cosas al César, y en su nombre

á ti, como Gobernador de la Judea.»

Convirtiéndose entonces á Jesús, le dijo:—«¿Qué respondes á estos cargos?»—Y como el Salvador no contestase, lo llevó al interior del Pretorio y allí á solas le preguntó:

«Dime, ¿eres tú rey de los judíos?»

«Lo que me preguntas,—contestó Jesús,—¿ha salido de ti ó te lo han dicho?»

«¿Acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te traen como reo ante mi tribunal: dime lo que hay.»

«Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, mis vasallos me defenderían para que no fuese entregado á los judíos.»

«¿Luego tú eres rey?»

«Tú lo dices: rey soy y vine al mundo para dar testimonio de la verdad, y todos los que son hijos de la verdad creen en mis palabras.»

«¿Qué es la verdad?»

Jesús por toda respuesta le dirigió una dulce é indefinible mirada que le

penetró en el alma, como diciéndole misteriosamente lo que había dicho en público: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; el camino del Cielo, la verdad increada y la vida eterna.»

Inquieto desde aquel momento Pilato, salió ante el pueblo diciéndole: «No encuentro causa para condenar á este hombre, y ya que con motivo de la Pascua he de dar libertad á un reo según vuestra costumbre, os pregunto á quien queréis que indulte, á éste, Jesús Nazareno, en quien no veo delito, ó á Barrabás, sentenciado por doble crimen de robo y homicidio.»

«Suelta á Barrabás y sentencia á Jesús á muerte de cruz,» contestaron.

Oyó decir Pilato que el reo era galileo, y como se encontrara en Jerusalén con motivo de la Pascua el Gobernador de la Provincia de Galilea, Herodes, hijo del que había decretado la degollación de los inocentes y que á su vez había ordenado la muerte del Bautista, se lo remitió para que lo juzgase, y de este modo librarse él

de sancionar la pretendida injusticia de los judíos.

En presencia de este juez homicida y adúltero no despegó el Salvador sus divinos labios, y Herodes, indignado por su silencio, devolvió el reo y la causa á Pilato, á quien realmente correspondían, por haber sido preso en la capital de la Judea, Jerusalén, donde gobernaba, diciéndole que no hallaba causa alguna en el reo, sino que más bien lo consideraba como un hombre ignorante y despreciable.

Pilato, al recibir de nuevo á Jesús, intentó inútilmente salvarlo, convencido de su inocencia, y no lográndolo mandó contra toda ley y justicia azotarlo, suplicio entonces desconocido, juzgando que con este castigo inicuo se satisfaría la pasión de los judíos y desistirían de pedir su muerte. Dispuestos de dos en dos seis sayones con cuerdas y nervios de animales, descargaron sobre su desnudo cuerpo más de cinco mil azotes, llenándole de cardenales y de llagas, de las cuales brotó

abundante sangre, y llegando á desprenderse trozos de carne de sus sagradas espaldas.

No satisfechos todavía la rabia y el furor de los judíos con tan bárbaro sacrificio, pidieron permiso á Pilato, quien lo otorgó, para coronarlo irrisoriamente como su rey, y le ciñeron una corona de juncos espinosos que abundan en aquella tierra, y por cetro le pusieron una caña; y así le injuriaban y blasfemaban de él y llenaban su hermoso y divino rostro de inmunda y asquerosa saliva.

En esta disposición, azotado y coronado de espinas, lo mostró al pueblo Pilato diciendo en la lengua de los judíos «Hinné haisch, Ecce Homo,» como si dijera: «Aquí tenéis al hombre á quien injustamente perseguís; hombre justo é inocente, que ha pasado su vida haciendo bien y enseñando la verdad: vuestra crueldad puede quedar satisfecha con los dolores y tormentos que ha sufrido desde que lo prendisteis: cesad en vuestro furor in-

sano y no extreméis vuestra inicua pasión hasta el punto de sentenciar á muerte á vuestro legítimo Rey y Señor.» Pero el pueblo exclamó con voz satánica y furioso acento. «Crucifícalo, crucifícalo.»

«Tomadlo vosotros y crucifícadlo, —repuso el juez,—que yo no encuentro causa para sentenciarlo.»

«Conforme á nuestra ley,—gritaron,—es digno de muerte, porque se proclama hijo de Dios.»

Al oír Poncio Pilato estas palabras se internó de nuevo con Jesús, y le preguntó de dónde era, y como no obtuviera respuesta, añadió.

«¿A mí no me hablas? ¿Ignoras acaso que tengo poder para matarte y para librarte?»

«No tuvieras poder alguno sobre mí, —contestó,—si no se te hubiese concedido de lo alto; por esto mayor pecado cometió el que me entregó en tus manos.»

El pueblo, seducido por los pontífices y fariseos, que comprendían la in-

tención de Pilato de libertar al reo, pidió con insistencia la pena de muerte por blasfemo y usurpador de la autoridad del César; y el inicuo juez, temeroso de caer en desgracia de Roma, firmó al fin la sentencia que inmediatamente circuló por toda la ciudad y se comunicó á los representantes de las tribus de Israel en otras tantas planchas de metal.

Esta infame sentencia, leída en alta voz en el Pretorio, estando Jesús de pie, repetida por las calles de Jerusalén y últimamente al ser crucificado, estaba redactada en los siguientes términos:

«Yo, Poncio Pilato, Presidente de la Galilea Inferior, Regente en Jerusalén por el Superior Romano, dentro del palacio de la Archipresidencia, juzgo y sentencio á muerte á *Jesús*, llamado por el pueblo *Nazareno*, y de patria galileo, hombre sedicioso, rebelde á la ley y á nuestro Senado y al sumo Emperador Tiberio César. Y por esta mi sentencia determino que su

muerte sea en cruz, fijado con clavos á usanza de reos, porque aquí, juntando y congregando cada día á muchos hombres, pobres y ricos, no ha cesado de promover tumultos por toda la Judea, proclamándose hijo de Dios y Rey de Israel, amenazándolos con la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y de su templo y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haberse atrevido á entrar con ramos en señal de triunfo con gran parte de la plebe en la misma ciudad de Jerusalén y en el sagrado templo de Salomón. Mando al primer Centurión, Quinto Cornelio, que lo lleve por toda la ciudad á la vergüenza, ligado como está, y que le sean puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y cargue sobre sus hombros la misma cruz en que ha de ser ejecutado, y que vaya en medio de los otros dos sentenciados á muerte por robos y homicidios, para que de esta manera sirva de ejemplo á todos los malhechores.

»Quiero también, y mando por esta mi sentencia, que después de haber paseado por las calles á este malhechor, lo saquen de la ciudad por la puerta *Pagora*, ahora denominada *Antoniana*, precedido del pregonero que diga en alta voz todas las culpas en esta mi sentencia expresadas, y lo conduzcan al monte llamado *Calvario*, donde se acostumbra ejecutar á los facinerosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que lleve quede su cuerpo colgado entre los dos ladrones. Y en la cruz, en su parte más alta, séale puesto el título de su nombre en las tres lenguas hoy más conocidas, la hebrea, la griega y la latina, en cada una de las cuales diga *Jesús Nazareno Rey de los judíos*, para que todos lo entiendan y de todos sea conocido.

»Asimismo mando, bajo pena de pérdida de vida y haciendas y de rebelión contra el Imperio romano, que ninguno, de cualquier estado y condición que sea, se atreva temerariamen-

te á impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas.»

Leída esta inicua é injustísima sentencia, salió Jesús del Pretorio con la cruz á cuestas, y temerosos los sayones de que terminase su vida en el camino, obligaron á ayudarle á un tal Simón, natural de Cirene, que acababa de entrar en Jerusalén.

Así que llegaron al lugar del suplicio, el monte *Calvario*, *Gólgota* en hebreo, que era el mismo sitio donde Dios había exigido á Abraham el sacrificio de su hijo Isaac con objeto de probar la fe del santo patriarca y á la vez figurar el verdadero sacrificio del Salvador que, andando los tiempos, había de consumarse, los verdugos quitáronle el manto y la túnica inconsútil con tal violencia, que, como era cerrada y estaba pegada á las llagas, le renovaron los acerbísimos dolores: arrancáronle para ello la corona de

espinas que volvieron á ceñirle, una vez sacada la túnica, quedando cubierto tan sólo con el paño de honestidad.

Clavado de pies y manos y levantado después en la cruz entre los dos malhechores, pronunció siete frases (llamadas comunmente las siete palabras), llenas de misterios.

Fué la primera, dirigiendo su amorosa mirada al Cielo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen,» enseñándonos de una manera tan viva y elocuente á perdonar á nuestros enemigos.

Tal expresión de humildad y perdón movió el corazón de uno de los ladrones, llamado Dimas, el cual increpó á su compañero por las blasfemias que lanzaba contra Jesús, á quien él, ilustrado por la divina gracia, reconoció por hijo de Dios y le suplicó que lo tuviera presente cuando estuviese en su reino celestial. Contestóle Jesús la segunda palabra: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraí-

so,» mostrándonos cuán fácil sea la salvación eterna al pecador contrito y humillado: con esto premió también la conducta observada por Dimas cuando la sagrada familia huyó á Egipto para librarse de la degollación de los inocentes, decretada por Herodes.

Tercera palabra. Dirigiéndose á su dolorida Madre, que estaba al pie de la cruz, le dijo: «Mujer, he ahí á tu hijo,» y á Juan su discípulo amado: «He ahí á tu Madre.» Expresión sublime y consoladora del divino testamento del Salvador, por la cual hace nuestra á su santísima Madre, más amante y bondadosa que todas las madres, y dotada de eficaz influencia, pues ninguna gracia puede negar Jesucristo á quien fué corredentora de la humanidad.

La cuarta palabra que pronunció fué «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», en la cual se queja amorosamente ante su Padre, deplo-

rando la condenación de los réprobos que habían de rechazar con sus obras y su impiedad los santos frutos de la Redención.

Este infinito amor á los hombres le hizo prorrumpir en la quinta palabra: «Tengo sed,» es decir, sed ardiente é inextinguible de la salvación humana.

La sexta fué: «Todo está acabado,» como si dijera: «Cumplidas están las profecías, consumada y realizada la redención del hombre con mi pasión y muerte, y abierto el camino de la Gloria para los que sigan mi doctrina.»

Finalmente, cuando iba á expirar pronunció la séptima y última palabra: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» expresión que retrata la muerte del Justo.

En conformidad con la sentencia de Poncio Pilato, se puso en lo alto de la cruz, escrito por el inicuo juez, el nombre y título del divino Redentor en las tres lenguas entonces más

cultivadas, por este orden y forma, hebrea, griega y latina:

ישוע הנצרי מלך היהודים

ΙΗΣΟΥΣ Ο ΝΑΖΩΡΑΙΟΣ Ο ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΤΩΝ ΙΟΥΔΑΙΩΝ

IESUS NAZARENUS REX IUDAEORUM

Al expirar Jesús la tierra se cubrió de tinieblas, obscurecióse el sol, partiéronse las rocas, abriéronse los sepulcros, de donde resucitaron los cuerpos de muchos santos, rasgóse por mitad el velo del templo y se manifestaron otros varios prodigios, pareciendo que los seres materiales increpaban á los hombres por la dureza de su corazón. El Centurión y toda la gente que había presenciado el horrible sacrificio del Gólgota, herían sus pechos de dolor y clamaban en alta voz: «Verdaderamente ese hombre era hijo de Dios.»

José de Arimatea y Nicodemus, notable el primero por su posición social y el segundo por su ilustración, ambos discípulos del Salvador, solici-

taron del Gobernador de Judea, Poncio Pilato, licencia para dar honrosa sepultura á su Maestro, permiso que lograron sin dificultad; y llevando sus criados una larga escala y cien libras de aroma que aquél había comprado, dirigiéronse al Calvario, colocaron la escala apoyada en la cruz, y subiendo por ella, quitaron de la sagrada cabeza la corona de espinas y sacaron los ensangrentados clavos, entregando una y otros á la dolorida Madre, y finalmente bajaron el santo cuerpo, y después de ungirlo con los aromas y cubrirlo con finísima sábana, lo depositaron en el regazo de la Virgen, pasando á adorarlo, además de ellos, el apóstol Juan, las tres Marías, algunos discípulos que allí estaban y otros que á presencia de la muerte del Crucificado se convirtieron y abrazaron la nueva religión.

VIII

SOLEDAD DE MARÍA.—RESURRECCIÓN
Y ASCENSIÓN DE CRISTO.—VENIDA
DEL ESPÍRITU SANTO.—EL SÍMBOLO
DE LA FE COMO FUNDAMENTO DEL
CRISTIANISMO.

En la cumbre del monte Calvario, llamado por los judíos Gólgota, destinado á la ejecución y sepultura de los reos condenados á pena capital, cubierto de densas tinieblas y débilmente alumbrado por la escasa luz que despedía el rey de los astros, como en señal de protesta por el nefando crimen de deicidio, decretado por el inicuo juez á instancias y presión del pueblo escogido por el mismo Dios entre todos los pueblos de la tierra para guarda y custodia de su santa ley, y en cuyo seno habían florecido reyes sabios, ilustres legisladores, su-

blimes poetas, valerosos caudillos é inspirados profetas, veíase sentada sobre dura roca una mujer hermosísima, de semblante atractivo y majestuoso, en cuyas pálidas mejillas se notaban los surcos abiertos por copiosísimas lágrimas desprendidas de sus rasgados ojos, como viva expresión del dolor que laceraba su maternal corazón. Tenía en su regazo el cadáver de su amantísimo Hijo, que, ora apretaba contra el casto seno, ora bañaba con abundantes lágrimas, que como preciosas perlas incrustaban el cuerpo exánime que con piedad y cariño sostenía entre sus débiles brazos. Hallábase acompañada de tres devotas mujeres y muy pocos discípulos de Jesús, que absortos contemplaban en silencio y con profundo dolor aquella tristísima y sublime escena. Esta celestial mujer era la madre purísima del Mesías, la inmaculada Virgen María de Nazareth, triste y desconsolada, como la antigua Raquel, porque ya no existía su Hijo.

Abrazada al inerte cuerpo, transido el corazón de dolor, exclamaba: «Hijo de mis entrañas, aliento de mi corazón, amor de mis amores, encanto de mi vida, ¿cómo podré vivir sin ti, sin ver tu divina persona, en cuya presencia me postraba, sin oír tu dulce palabra, sin alimentar mi alma con la celestial doctrina que escuchaba de tus amorosos labios? ¿Es posible que el hombre á quien has colmado de gracias y beneficios, se haya ensañando contra su Criador, hiriendo tu sagrado cuerpo y dándote la más ignominiosa muerte? Tus desnudos pies, que no se daban punto de reposo, andando presurosos por llanuras y montes, recorriendo aldeas y ciudades, en busca de enfermos que curar é ignorantes que instruir, han sido taladrados por férreos clavos; tus delicadas manos, que fabricaron la admirable bóveda del firmamento con sus brillantes astros é hicieron la tierra para morada del hombre, colmándola de frutos y esmaltándola de flo-

res han sido cruelmente atravesadas en cruz; ya no despiden rayos de luz tus ojos, espejo fiel donde se reflejaba tu humanidad santísima y tu divinidad sacrosanta; cárdenos han quedado tus rosados labios y amoratada tu lengua, órganos de tu palabra amorosa y de tu celestial doctrina; rotas están tus venas, acueducto de preciosísima sangre; lleno tu cuerpo de llagas y cardenales; descoyuntados tus huesos; atravesado por inicua lanza tu corazón, sagrario de amor infinito; y como si no bastara tan bárbaro é inaudito sacrificio, han coronado en son de mofa y escarnio con punzantes espinas tu augusta cabeza, asiento de la Verdad increada y centro de donde irradiaban los más sublimes pensamientos.

»Ayudadme á llorar, hijas de Jerusalén, nuestra inmensa desgracia: vosotras, afligidas por la muerte de vuestro Redentor, yo, inconsolable por la pérdida irreparable de mi Hijo santísimo; *O vos, qui transitis per viam,*

attendite et videte si est dolor sicut dolor meus! (¡Vosotros, todos los que recorréis el camino de la vida, observad y ved si hay dolor comparable á mi dolor!) Santos Cielos, ¿cómo sus crueles verdugos no temieron al intentar la muerte del Justo entre los justos y del más santo entre los hombres, que vos, Dios Omnipotente, los aniquilarais, lanzando contra ellos un rayo de vuestra indignación divina? ¿Y es posible que quepa en el corazón del hombre tanta crueldad que sacrifique á un inocente, y furor y odio tan insanos que cieguen sus ojos y turben su razón hasta el punto de cometer el deicidio, el más execrable de los crímenes?

»Pero, Dios mío, yo me postro como humilde esclava ante vuestra presencia y adoro vuestros inexcrutables designios. Necesitabais una víctima de valor infinito, y el Hijo nacido de mis entrañas se prestó con su sacrificio á aplacar á vuestra Majestad; y pues en su sagrado testamento me

instituyó madre de todos los hombres, yo os prometo amarlos, y, en cuanto de mí dependa, encaminarlos á la salvación eterna, inspirándoles la celestial doctrina enseñada por mi Hijo santísimo é intercediendo por el perdón de sus faltas ante el excelso trono de vuestra divina Omnipotencia. Os diré como la augusta víctima: «Padre, perdónalos, porque no saben »lo que hacen;» yo, Señor, os ofrezco en satisfacción de sus culpas los acerbísimos dolores que como punzante espada de dos filos han atravesado mi corazón, y os presento como digna ofrenda la preciosísima sangre derramada en el árbol sacrosanto de la Cruz para redención de la humanidad entera.»

Como se aproximara la noche, previo el beneplácito de la divina Señora, José de Arimatea, Nicodemus y el apóstol Juan tomaron de sus brazos el sagrado cadáver y lo enterraron en un sepulcro nuevo, algo apartado del monte, cubriéndolo con una gran lá-

pida. Retiráronse de aquel sitio tristes y apesadumbrados y se dirigieron á la ciudad, recogién dose María con el discípulo amado y las santas mujeres en la casa del Cenáculo. El día siguiente, sábado, presentáronse de madrugada á María los diez apóstoles,—Judas, desconfiando de la misericordia divina, se había suicidado, colgándose de un árbol,—acompañados de Juan, confesando Pedro su cobarde negación, que lloró durante toda su vida, y los demás su culpable tibieza, y á todos los animó la Virgen con la esperanza del perdón que su Hijo había prometido á los que perseverasen en la fe de su doctrina. Retirados los apóstoles, confortados con la promesa de su eficaz intervención, tuvo María conocimiento, por modo especial, de la bajada del alma santísima y divinidad de Cristo al Limbo de los justos, que esperaban largo tiempo esta celestial visita, desde cuyo momento fueron sus almas compañeras del mismo en la tierra hasta

la gloriosa ascensión á los Cielos, donde entraron seguidamente de Él, lo mismo que las que estaban en el Purgatorio, á quienes Dios indultó de la pena por los méritos de la pasión y muerte del Redentor, cumpliéndose así la profecía contenida en el capítulo noveno de Zacarías.

El domingo, antes de amanecer, unióse el alma santísima de Cristo al cuerpo, dotado desde aquel instante de las cualidades beatíficas de *claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad* en grado eminentísimo, y resucitó glorioso. La primera aparición que hizo fué á su Madre santísima, á quien en medio de divinos transportes de amor confirmó en la cualidad de madre del género humano, concediéndole eficaz intercesión en favor de los pecadores que, arrepentidos, la invocasen. Las devotas María Magdalena y María Cleofé salieron de la casa del Cenáculo antes de amanecer el domingo, provistas de nuevos aromas para ungir el cuerpo del Salvador, y

llegadas al monumento, salido ya el sol, vieron el sepulcro vacío y un ángel que les advirtió que Jesús Nazareno había resucitado, según había predicho, y les encargó que participasen el suceso á Pedro y demás discípulos. Sucesivamente fuese apareciendo Jesús á la Magdalena y otras piadosas mujeres, á Pedro, á los discípulos Cleofás y Lucas, el evangelista, en su viaje á Emaús, y á los demás apóstoles, confirmándolos en la fe é invistiéndoles del carácter sacerdotal con facultad de perdonar los pecados y obligación de predicar por el mundo la religión del Crucificado. La mayor parte de los cuarenta días que mediaron entre la Resurrección y la Ascensión, los pasó Cristo en compañía de su Madre en la casa del Cenáculo, de donde no había salido esta divina señora desde el entierro de su Hijo.

Este sublime acto de la Ascensión se verificó del modo siguiente. Reunidos á los cuarenta días de la Resu-

rrección, jueves, cinco de Mayo, en la cumbre del monte Olivete Jesús, acompañado de las almas redimidas del Limbo y del Purgatorio (unas y otras en forma invisible, como es natural,) la Virgen Santísima y ciento veinte discípulos, entre quienes se contaban los once apóstoles, los tres hermanos María Magdalena, Marta y Lázaro, el resucitado, y las fieles Marías, que presenciaron la muerte del Calvario, dijo María: «Hijo mío amantísimo y Señor nuestro, ¿cómo hemos de vivir sin vuestra divina presencia, particularmente yo, que no me he separado de vuestra dulce compañía desde que nacisteis de esta humilde esclava, sino los tres días que en la niñez estuvisteis aparentemente perdido en Jerusalén y los otros tres que transcurrieron desde vuestra preciosa muerte hasta la Resurrección gloriosa? Mas, ya que es forzoso que os partáis de nosotros al Cielo, admitid nuestra cordial adoración y dadnos la

bendición que afligidos os pedimos postrados en tierra.»

«Madre mía y discípulos amados,— contestó Jesús,—me vuelvo á mi morada eterna; mas no os dejo huérfanos, porque estaré realmente presente en la tierra hasta la consumación de los siglos en el Sacramento de mi amor, y en el Cielo os prepararé el puesto reservado desde la eternidad para los que siguen mi doctrina. Después de mi ascensión retiraos y permaneced en oración hasta que recibáis dentro de pocos días el Espíritu Santo Consolador, y con él confortados predicad por todo el mundo la nueva religión, para que los que os crean sean bautizados y se salven con vosotros, obteniendo como premio de su fe y de sus obras la gloria del Cielo.» Dichas estas palabras, echóles su amorosa bendición: luego juntó las manos, y dejando impresas en la cima del monte las huellas de sus divinos pies, fué ascendiendo por el aire, seguido de los padres del Lim-



bo y los libertados del Purgatorio, hasta que al llegar á cierta altura una refulgente nube lo cubrió, haciéndolo invisible á los discípulos, que quedaron absortos y sobremanera afligidos. El triste estado de su alma lo retrató magistralmente dieciséis siglos más tarde nuestro sublime poeta Fr. Luis de León en la siguiente oda:

«¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

—
Los antes bienhadados
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De ti desposeídos,
¿A do convertirán ya sus sentidos?

—
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?

—
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú encubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, ¿qué le aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejás!»

A la entrada triunfante de Cristo en los Cielos parece dedicado el salmo XXIII, cantado por los levitas al conducir el arca santa al monte de Sión por orden del rey-poeta David:

«Levantaos, ¡oh príncipes! de vuestros tronos, y alzaos vosotras, puertas eternas, que viene el Rey de la gloria.

»¿Quién es ese Rey de la gloria?— El Señor fuerte é ilustre; el Señor poderoso en las batallas.

»Levantaos, ¡oh príncipes! de vuestros tronos, y alzaos vosotras, puertas eternas, que entrará el Rey de la gloria.

»¿Quién es ese Rey de la gloria?— El Señor de los ejércitos celestiales, ese es el Rey de la gloria.»

Después de la Ascensión retiróse toda la comitiva á la casa del Cenáculo, donde permanecieron en ora-

ción hasta el descenso del Espíritu Santo; y como preparación para la constitución de la nueva Iglesia cristiana, cuyos fundamentos habían de ser la Virgen Santísima como madre y maestra, Pedro como vicario de Jesucristo y Sumo Pontífice, los apóstoles como propagadores de la doctrina y de la fe, y los discípulos como cuerpo creyente, procedieron á completar el Apostolado, substituyendo al pérfido Judas. Encomendaron la elección al jefe supremo, Pedro, quien, con la venia de la Virgen, inscribió los nombres de los dos que por sus virtudes le parecieron más idóneos, José Barsabás, apellidado el Justo, y Matías, recayendo la suerte en el último, antiguo discípulo del Salvador.

A las doce horas del día en que se cumplían los cincuenta de la resurrección del Señor, domingo, quince de Mayo, se oyó un gran ruido en el aire, acompañado de fuertes relámpagos, y una luz vivísima inundó la casa, principalmente la sala del Ce-

náculo, donde estaban congregados con María santísima todos los que habían asistido al acto de la Ascensión; y en forma visible de lenguas de fuego se posó sobre sus cabezas el Espíritu Santo, comunicando sus inefables gracias y la visión beatífica á María, á los apóstoles los dones llamados del Espíritu Santo, y gracias y dones también, aunque en grado inferior, á los restantes discípulos. Tales maravillas cundieron por la ciudad, y muchos moradores acudieron á la casa para enterarse personalmente del suceso, lo mismo que forasteros y extranjeros de Europa, Asia y Africa, que habían ido á Jerusalén atraídos por la celebración de una de las Pascuas judaicas que se celebraba aquel mismo día.

Salieron los apóstoles á las puertas de la casa y les predicaron inflamados de la gracia del Espíritu Santo, obrándose el milagro de que los circunstantes oyeran el discurso en sus respectivas lenguas, judíos, romanos, griegos,

árabes y de otras naciones, convirtiéndose á la nueva fe y recibiendo el bautismo por mano de los apóstoles unos tres mil entre hombres y mujeres, los cuales fueron recibidos después cariñosamente por la madre del Redentor, quien además les exhortó amorosamente á que perseverasen en la fe que acababan de profesar por gracia divina.

El día de la Octava de la venida del Espíritu Santo, que se corresponde con el domingo de la Santísima Trinidad, fueron bautizados otros nuevos fieles, convertidos y catequizados en los días anteriores, en número de cinco mil; y entonces, por indicación y ruego de María, Pedro, Príncipe de los apóstoles, celebró la primera Misa, consagrando en ella el cuerpo y sangre de Jesucristo, durante la cual recibieron la sagrada Comunión todos los que estaban aptos para ello. El cuerpo y sangre se conservaron en sus especies incorruptas en el pecho de la Virgen de una á otra Comunión, es-

tando así siempre presente Jesús en el mundo, como había ofrecido, pues en los primeros tiempos el corazón inmaculado de María fué el único templo del Cristianismo y el precioso sagrario del Sacramento de la Eucaristía.

Antes de separarse los apóstoles y distribuirse los reinos y provincias de todo el mundo para extender la religión de Jesucristo, convinieron en la necesidad de fijar y determinar el símbolo de la fe, como fundamento y compendio de los principios de la nueva Iglesia, á fin de que hubiese unanimidad, tanto en la predicación, como en la profesión de los fieles. Encomendaron este asunto á la Virgen, quien les exhortó á que se preparasen convenientemente por medio de la oración y del ayuno. Por indicación de la misma Señora celebró misa Pedro á los pocos días en el Cenáculo, administrando la Comunión, primero á María y después á los demás apóstoles, quienes así dispuestos y pidiendo

la gracia del Cielo, fueron pronunciando los artículos de la fe del siguiente modo:

PEDRO.—Creo en Dios Padre, Omnipotente, Creador del Cielo y de la Tierra:

ANDRÉS.—Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

SANTIAGO EL MAYOR.—Que fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen;

JUAN.—Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado;

TOMÁS.—Descendió á los infiernos y resucitó al tercer día;

SANTIAGO EL MENOR.—Subió á los Cielos, donde está á la diestra de Dios Padre,

FELIPE.—Y de allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

BARTOLOMÉ.—Creo en el Espíritu Santo;

MATEO.—En la santa Iglesia Católica y la comunión de los santos;

SIMÓN.—En el perdón de los pecados;

TADÉO.—En la resurrección de los muertos

MATÍAS.—Y en la vida perdurable.

Este símbolo fué más tarde ampliado ligeramente por la Iglesia, sin alterarlo en su substancia y fundamento. Distribuyó Pedro los reinos y provincias donde habían de predicar los apóstoles, y salieron todos á sus respectivos puntos, incluso Pedro, que estableció la Sede Pontificia, primero en Antioquía y más tarde en Roma, que había de ser perpetuamente la capital del Orbe Católico. Juan fué el único que quedó en Jerusalén al cuidado constante de María, en cuya capital consiguió grandes triunfos para la nueva religión.

María fué durante el resto de su vida el alma de la Iglesia: á todo acudía y todo lo dirigía. Ora confortaba á los mártires para que generosos derramasen su sangre en defensa de la fe, ora instruía á los confesores para que con sus virtudes atrajesen nuevos creyentes; ya consolaba á las viudas

en su afflictivo estado, exhortándolas á la oración, bálsamo de las penas acerbadas del alma, ya animaba á las recatadas doncellas á que perseverasen en la virginidad, de que era espejo purísimo; unas veces daba sapientísimos consejos á los fieles desposados sobre la vida conyugal, y otras, como maestra infalible, aclaraba las dudas y dirigía las acciones de los apóstoles que con frecuencia le consultaban casos arduos, los cuales resolvía con admirable prudencia, cuando no con divina inspiración.

El apóstol Santiago el Mayor, hermano del evangelista y discípulo predilecto Juan, fué el primero en predicar fuera de Jerusalén, y el primero también entre sus compañeros en obtener la corona del martirio. Después de lograr numerosas conversiones en la Judea, se embarcó para España en Agosto del 35, cuando habían transcurrido un año y cinco meses desde la muerte del Redentor, en el puerto llamado hoy Jafa, y haciendo escala en

Cerdeña, desembarcó en Cartagena, en cuyo punto se detuvo cortos días, pasando de aquí á Granada. En esta ciudad comenzó la predicación de nuestra España, en donde ofrecía serias dificultades la propagación del Cristianismo por la oposición tenaz que habían de presentar, tanto los naturales, en su inmensa mayoría gentiles, como los muchos judíos que en ella vivían, traídos por Nabuzardán, general de la armada de Nabucodonosor. A imitación de su Maestro, llevaba consigo doce discípulos, que con él fueron inicuamente perseguidos por los judíos, hasta el punto de matar á uno de ellos y sacar á los restantes fuera de los muros para degollarlos; pero Santiago acudió en oración á María, quien, transportada por los ángeles, libró á todos milagrosamente. Siguió el apóstol su peregrinación por varias provincias de España, haciendo innumerables conversiones por medio de las armas espirituales de la predicación y de los milagros, y de-

jando de obispos á algunos de sus convertidos en ciudades importantes como Toledo y Santiago, se dirigió finalmente á Zaragoza.

IX

VENIDA DE MARÍA Á ZARAGOZA.—SU PERMANENCIA EN EFESO.—REGRESO Á JERUSALÉN.—SU MUERTE Y RESURRECCIÓN.

La antigua *Salduba*, capital de los pueblos edetanos, reedificada en tiempo del primer emperador romano, de quien recibió su nuevo nombre de *Cesaraugusta*, modificado después por la lengua vulgar en *Zaragoza*, distinguiéndola además con grandes privilegios y adornándola con templos paganos, teatro, famoso circo, termas y magníficos edificios públicos, ciudad regada más tarde con la sangre generosa de innumerables mártires, pueblo gigante que ha consignado en cada página de su historia hazañas dignas de la trompa épica y que ha dado incessantes pruebas de virtudes cívicas

y de valor indomable, conquistándose merecidamente los renombres ilustres de *muy leal, muy noble, muy heroica y siempre heroica*, estaba destinada por la Providencia para presenciarse el admirable y por demás portentoso suceso que vamos á referir, y que constituye el más preclaro timbre de su inmarcesible gloria.

Era próximamente la media noche del dos de Enero del año cuarenta de la nueva era. Profunda obscuridad reinaba en la atmósfera; densa y pesada niebla cubría los fértiles campos; despedía el Moncayo fuerte viento saturado del hielo que lo coronaba; las mismas aves nocturnas moraban en sus nidos huyendo del frío intenso propio de la dura estación y del riguroso clima; las fuertes y elevadas puertas de la ciudad estaban cerradas, y los habitantes dormían tranquilos en sus lechos descansando de las rudas faenas agrícolas. El solemne silencio de la noche era interrumpido tan sólo por el murmurio de las aguas del cau-

daloso Ebro, que en rápida corriente seguían su majestuosa marcha, cuando aparecieron unos pocos hombres venidos de otras provincias, á cuyo frente iba el venerable apóstol Santiago, descalzo, humildemente vestido y apoyado en largo báculo terminado por la parte superior en forma de cruz, ateridos de frío sus miembros, pero abrasado su corazón de amor divino.

Apartado corto trecho de sus fieles discípulos, como hiciera su divino Maestro en el monte Olivete, postrado en el duro y frío suelo cerca de la margen derecha del río Ebro, dirigió fervorosa plegaria al Cielo, pidiendo al Dios de las misericordias su amparo y protección para que prosperase la semilla de la divina palabra que iba á sembrar en aquella capital, sumida en el grosero Paganismo por no haber recibido todavía la refulgente luz del Cristianismo.

No bien había terminado su oración el apóstol, cuando súbitamente calma el viento, disípanse las tinieblas, apa-

rece en el horizonte la blanca luna plateando las antes negras aguas, y cambia la noche, de tenebrosa y fría, en serena y templada. Seguidamente óyese por la parte de Oriente, avanzando hacia ellos, músicas y cantos celestiales y ve el apóstol á María transportada por los aires en resplandeciente nube conducida por innumerables coros de ángeles, los cuales traían una imagen de la divina Señora y una pequeña columna de jaspe que la tradición piadosa cree ser parte de la en que Cristo sufrió la flagelación.

Postrado en tierra el apóstol, adoró á la Virgen Santísima, quien le dió su bendición y le dijo: «Santiago, siervo del Altísimo, El os bendiga y os guíe. Este lugar ha señalado y destinado Dios Omnipotente para que le consagréis y dediquéis un templo y casa de oración, donde bajo el título de mi nombre sea el suyo ensalzado y engrandecido y se comuniquen los tesoros de su divina diestra, franquean-

do sus antiguas misericordias á todos los fieles que me invocaren con fervorosa fe y devoción piadosa. En nombre de Dios les prometo mi amparo y protección en este mi templo, mi herencia y posesión; y en testimonio de esta verdad y promesa quedará aquí esta columna, y sobre ella mi imagen, y edificaréis mi templo, que durará hasta el fin del mundo.»

Colocaron los ángeles la columna en el mismo sitio en que hoy está y sobre ella la imagen, y los discípulos con Santiago comenzaron la construcción del primer templo católico dedicado á María, que, siendo en un principio sencilla capilla, ha llegado á ser la magnífica iglesia que ahora admiramos.

La promesa hecha por María al apóstol Santiago de que el templo subsistiría hasta el fin de los siglos, viene cumpliéndose hace mil ochocientos cincuenta y ocho años, no obstante las distintas religiones que han existido en España.

El año cuarenta, en que se verificó la milagrosa venida de la Virgen en carne mortal á Zaragoza, gobernaba el mundo como Emperador de Roma Calígula, y su segundo sucesor Nerón inició las persecuciones contra los cristianos, las cuales continuaron con Domiciano, Trajano, Marco Aurelio y Diocleciano, regando la tierra con la sangre de innumerables valerosos mártires, hasta que en trescientos trece Constantino declaró por el edicto de Milán religión del Estado el Cristianismo.

Muerto el Imperio romano en cuatrocientos setenta y seis con Rómulo Augústulo, pasó poco después España á poder de los visigodos, que profesaban el Arrianismo, cuya secta negaba la divinidad de Jesucristo, y por consecuencia la maternidad virginal de María, hasta que el rey Recaredo se convirtió al Cristianismo en el año quinientos ochenta y nueve.

A causa de la derrota sufrida por los visigodos en la desgraciada bata-

lla del Guadalete, se apoderaron los árabes de España el setecientos once, y durante los siglos XI y XII dominaron en Zaragoza reyes musulmanes, que felizmente fueron expulsados por Alfonso el Batallador, monarca de Aragón y de Navarra.

En las tres dominaciones sucesivas, la romana, la gótica y la árabe, con sus respectivas religiones, tan opuestas á la divina del Crucificado, el Paganismo idólatra, el Arrianismo herético y el Mahometismo, amalgama monstruosa de Sabeísmo, Judaísmo y Cristianismo, no sufrió quebranto alguno el templo de María ni obstáculo el culto de los fieles, y únicamente en tiempo de los árabes se exigía un pequeño tributo al entrar en la Iglesia, que fué guardada por los musulmanes, dueños de ella como lo eran de la ciudad.

Lo que primitivamente fué modesta capilla, es hoy templo de grandes dimensiones y hermosa arquitectura, visitado incesantemente por naciona-

les y extranjeros. La Virgen Santísima colma de favores y gracias á los que fervorosamente veneran su sagrada imagen del Pilar. Consuela á los afligidos, sana á los enfermos, fortalece á los tibios, dota de perseverancia á los justos, auxilia á los necesitados, comunica alegría á los tristes, abre la puerta del Cielo á los convertidos: todos encuentran al postrarse ante María en su sagrado tabernáculo remedio á sus desventuras, de tal manera, que podrían escribirse volúmenes enteros enumerando las gracias y mercedes dispensadas á sus fieles devotos.

Admirables son el culto y el amor que los aragoneses profesan á María Santísima del Pilar, de lo cual puede formarse una ligera idea por esta circunstancia especialísima. El templo está abierto quince horas diarias en invierno, y diez y ocho en verano, y no obstante el riguroso clima de Zaragoza, siempre se ve la veneranda imagen acompañada de fervorosos cristianos que le dirigen tiernas plegarias

ó le dan gracias por los favores alcanzados por su poderosa mediación. Otro hecho extraordinario llama dignamente la atención del que visita el suntuoso templo. Detrás de la imagen, y dando vuelta á la santa capilla, se halla descubierta á la adoración de los fieles una pequeña parte de la columna que la sostiene, y el simple beso de miles de generaciones impreso con devoción y amor ha deprimido la columna, á pesar de ser de duro mármol. Motivo fundado tienen los zaragozanos para enorgullecerse con la preciosa joya que poseen, y por esto no es de admirar que hasta los más incrédulos y perversos se postren ante la Virgen Santísima del Pilar.

María fué transportada otra vez á Jerusalén por los mismos ángeles, dejándola en la sala del Cenáculo, que fué su morada desde la pasión de Jesús.

Conociendo luego por inspiración divina la conveniencia de retirarse con el apóstol Juan á la ciudad de

Efeso, para desde allí dirigir la nascente Iglesia, embarcáronse, no sin visitar y adorar antes los lugares de la ciudad señalados con la sangre de su sacratísimo Hijo.

Había en Efeso algunos convertidos, quienes, gozosos por la visita de María, le ofrecieron su casa por morada; pero aceptó la de unas mujeres retiradas y devotas, ocupando un cuarto apartado del centro, y otro el apóstol. Fué allí visitada por Santiago, quien, terminada la capilla de la Virgen del Pilar á pocos meses de la aparición, y dejando un obispo y varios ministros para el gobierno de la diócesis, continuó predicando por España, hasta que se embarcó en Cataluña con rumbo á Italia, y de allí para el Asia, en cuya ciudad de Efeso sabía que estaban María y su hermano Juan, de quienes deseaba despedirse antes de sufrir el martirio que le esperaba en la ciudad deicida.

Murió Santiago degollado por orden de Herodes, hijo de Arquelao. Reco-

gieron los discípulos el cuerpo del mártir y apóstol, su maestro, y embarcándose en Jafa (llamada entonces Jope), vinieron á España y lo enterraron en la ciudad de Galicia, que tomó el nombre del mismo apóstol, en el punto donde se edificó más tarde la magnífica catedral compostelana. Luego el propio Herodes, no satisfecho con haber ordenado la degollación de Juan el Bautista y del apóstol Santiago, mandó prender á Pedro, Vicario de Cristo, y lo tuvo preso con fuertes cadenas para darle igual género de muerte; pero por intercesión de María, que de todo tenía conocimiento clarísimo desde su retiro de Efeso, un ángel le libró milagrosamente la víspera del día en que había de ser ejecutado.

Castigó Dios las maldades y escándalos del homicida y adúltero Herodes dándole una muerte afrentosa, pues murió consumido por asquerosos gusanos. Cesaron entonces por algún tiempo las crueles persecuciones con-

tra los cristianos, y Pedro suplicó á la Virgen que volviese á Jerusalén, ya por la mayor seguridad que había desde la muerte de Herodes, ya también porque con su admirable prudencia y divina enseñanza podría dirigirle sabiamente en el gobierno de la Iglesia y resolver algunas dudas que le presentaban los fieles. Consultado el caso con el discípulo amado Juan, acordaron obedecer y cumplir el deseo del Vicario de Cristo y regresaron á Jerusalén, después de haber permanecido dos años y medio en la ciudad de Efeso. Una vez llegados, pasaron á visitar á Pedro en la casa del Cenáculo, y en seguida recorrieron con piedad suma los santos lugares de la Redención, dando origen al *Via-Crucis*, de que es autora María, y cuya práctica se extendió más tarde por todo el orbe católico.

Con el alma traspasada de dolor se representaba en su imaginación el triste cuadro que ofrecía el inicuo juez Poncio Pilato dictando y fir-

mando la más injusta de las sentencias, teniendo á los pies de su estrado, humilde, abatido por las afrentas y ultrajes recibidos aquella mañana y la noche anterior de manos de asquerosa plebe, seducida por los sacerdotes y los fariseos, al autor de la vida, al Creador de Cielos y tierra, al Redentor de la humanidad, cuya alma santísima deploraba las inmediatas consecuencias de su Pasión en la condenación eterna de los que en ella tomaron principal parte: el discípulo y apóstol Judas se colgó de un árbol y murió reventado, quedando esparcidas por el suelo sus negras entrañas; Caifás, ante cuyo tribunal comenzó el proceso de la Pasión y que trató á Jesús de blasfemo, fué destituido del sumo pontificado por el Emperador romano, é impulsado por la ira y el despecho se suicidó; el citado emperador Tiberio, soberbio y cruel, de conducta viciosa y relajada, el cual permitió que se cometiera el deicidio en sus dominios, murió asesina-

do por Calígula, á quien él mismo había designado para sucederle; Poncio Pilato, Gobernador romano de Judea, hombre pérfido y tirano, que mandó matar á multitud de judíos y samaritanos, á los primeros porque exigían con razón y derecho la restitución de los tesoros arrebatados al templo, y por un fútil motivo á los segundos, que condenó injustamente al Salvador por temor de perder el favor de Roma y el cargo que ejercía, y que si dió alguna débil prueba de intentar salvarlo fué tan sólo por contrariar á los fariseos, enemigos irreconciliables del Imperio, destituído al fin, murió désterrado en la Galia, propinándose un veneno; Herodes Antipas, que trató á Jesús de loco, príncipe infame que vivía incestuosamente con su cuñada Herodías, por cuya solitud había sacrificado al Bautista, pereció pobre y consumido por asquerosos gusanos.

Recorriendo después María Santísima las calles de Jerusalén, se con-

dolía al recordar cómo su Hijo amantísimo llevaba sobre sus fatigados hombros la pesada cruz de nuestros pecados, y consideraba la ingratitud del hombre, que se resiste á sobrellevar la cruz ligera de las enfermedades del cuerpo y de las penas del alma, merecido tributo ésta de la culpa, representación aquélla del sacrificio del Justo, que muere para desagraviar á la majestad de un Dios ofendido. Ponderaba cómo, desfallecido, había caído en tierra con tan enorme peso, una, dos, hasta tres veces, y, sin embargo, aquellos infames sayones, lejos de ayudarle á levantarse, le insultaban y maltrataban á puntapiés, sin mostrar la natural compasión que el último de los hombres les hubiera merecido; cómo, no porque les inspirase lástima, sino por temor de que falleciese antes de llegar al Calvario y privarse del placer que presumían había de ocasionarles el sacrificio de su víctima, obligaron á Simón á ayudarle á llevar la

cruz; cómo, en fin, nadie se prestó á ello, ni entre los discípulos que había convertido, ni entre los enfermos que había curado, ni entre los pobres que había socorrido.

Con estas consideraciones unía María sus ardientes lágrimas á las de las piadosas mujeres que con ella habían seguido á Jesús hasta el Calvario, y á quienes el Salvador, agradecido á su afecto, y á la vez afligido por el próximo fin de la ciudad deicida, decía: «No lloréis por mí, hijas de Jerusalén; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos.»

Llégase después María, recorriendo la *Vía dolorosa*, á la estación del Calvario, donde recuerda cómo desnudan los sayones á la misma Pureza y dejan al descubierto aquel purísimo y hermosísimo cuerpo convertido en una inmensa llaga, desprendida la carne, desnudos los huesos, rotos los nervios, abiertas las venas, perdida hasta la forma de hombre; y no basta la crueldad de la intemperie que hiela

los delicados miembros ni la desnudez que lo expone á la burla y escarnio del desalmado público: es preciso inferir otros dolores á la víctima, y para ello le arrancan con violencia la corona de espinas, y una vez quitadas las vestiduras vuelven á colocársela, abriendo nuevas heridas en su augusta cabeza. Desnudo y coronado, tendido en el suelo sobre la cruz le talarán pies y manos, atravesándolos con gruesos clavos: lo levantan ya crucificado y dejan caer con fuerte impulso sobre el agujero preparado la cruz para desgarrarle de nuevo las carnes, poniéndolo en medio de dos malvados, y después de tres horas de agonía, en las cuales sus divinos labios no tienen más que palabras de amor y de perdón para sus enemigos, exhala el último suspiro, exclamando: «Todo queda cumplido: he realizado con mi muerte la redención de la humanidad y destruído el poder del Infierno.»

Finalmente; visitaba María, como

última estación, el sepulcro de su inocentísimo Hijo, cuyo monumento adoraba poseída de profunda tristeza y dolorosa amargura.

Con estos ejercicios, acompañados de actos de adoración y fervorosas oraciones, dando gracias á Dios por la redención y pidiendo la conversión de los pecadores y la protección de la naciente Iglesia, nos dejó María el ejemplar modelo del Via-Crucis, que, salvo ligeras modificaciones en cuanto á la forma, ha venido practicándose en todas las épocas del Cristianismo.

Solícita maestra y directora de la Iglesia Católica, le enseñó María á celebrar en los siglos futuros las principales festividades por medio de oraciones, ayunos y alabanzas al Altísimo. Tales son, entre otras, la de su *Inmaculada Concepción*, en la que daba fervorosas gracias á Dios por haberla librado de la mancha del pecado original; la *Encarnación* del Verbo divino en sus purísimas entrañas; el

Nacimiento del Dios-Hombre en la miserable cueva de Belén; la *Circuncisión*, en la que Jesús comenzó á derramar su preciosa sangre á los ocho días de su venida al mundo; la *Epifanía*, en la cual la humanidad, representada por sencillos pastores y encumbrados monarcas, y el Cielo por innumerables coros de ángeles, rindieron adoración al celestial Pastor de las almas y al Rey inmortal de los siglos; la *Purificación*, sublime acto de humildad de una madre virgen; la *Institución de la Eucaristía*, en cuyo sacramento Jesucristo desciende al corazón del hombre y éste se eleva haciéndose sagrario de Dios; la gloriosa *Resurrección* del Mártir del Gólgota, principal fundamento de la Religión Católica; la admirable *Ascensión* á los Cielos y, finalmente, la *Venida del Espíritu Santo* para comunicar la santidad é infundir la sabiduría en el corazón de los doce predilectos discípulos del Mesías que constituían el Colegio apostólico.

Pero se aproximaba un suceso tris-
tísimo para la Iglesia y para el cora-
zón de los fieles: aquélla iba á perder
su maestra y éstos su madre: María
iba á dejar la tierra para vivir eter-
namente en el Cielo, desde donde ins-
piraría á los directores de la Iglesia
y atendería solícita á las necesidades
espirituales de sus fieles hijos.

Tuvieron noticia de ello los once
apóstoles que habían quedado des-
pués del martirio de Santiago el Ma-
yor, y en su virtud se reunieron en la
misma casa del Cenáculo tres días
antes del suceso, donde fueron aloja-
dos con alguno de los discípulos pre-
dilectos del Salvador. Llegado el día,
penetraron en el Oratorio de la Vir-
gen Santísima. Puesta de rodillas es-
ta divina Señora, modelo inimitable
de humildad, en la pobre tarima que
le servía de lecho, pidió la bendición
á Pedro como Vicario de Cristo, y
después de obtenida, le encomendó el
gobierno de la Iglesia y el cuidado de
los fieles y se despidió con lágrimas

de amor del Colegio Apostólico, particularmente de Juan, que la había asistido con tanta solícitud, acendrado cariño y filial respeto, de las devotas mujeres que la habían acompañado en sus penas y dolores y de los discípulos que estaban presentes. Llenos el Oratorio y toda la casa de suavísimo aroma é inundados de refulgente luz celestial, entonaron los ángeles sublimes cánticos de gloria, y entonces María se reclinó en su humilde lecho, sin enfermedad ni dolor, hermosa, resplandeciente, abrasado su corazón de amor divino, juntas las manos y clavados sus purísimos ojos en Jesucristo, que descendió del Cielo para asistirle, y pronunciando sus amorosos labios las palabras de su Hijo Santísimo en la cruz: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,» exhaló su último suspiro. Su muerte fué más bien un sueño tranquilo, preliminar de su glorioso tránsito, y su alma voló al Cielo, acompañada de Cristo y de los ángeles,

algunos de los cuales permanecieron en el Oratorio custodiando el sagrado cuerpo de María, que quedó radiante de luz y de hermosura. Aconteció este suceso el día 13 de Agosto del año cincuenta y cinco de la nueva Era, á los setenta próximamente de su edad.

Siguiendo la costumbre judaica, compraron los apóstoles gran cantidad de aromas con que ungir el sagrado y virginal cuerpo de María, y encomendaron este encargo á dos donçellas piadosas. Entraron ambas solas en el Oratorio, pero fueron de tal modo deslumbradas por el vivísimo resplandor del sagrado cadáver, que quedaron absortas sin poder ver ni tocar el virginal cuerpo. Salieron á participar el caso á los apóstoles, quienes, puestos en oración, solicitaron fervorosamente la inspiración de Dios, y pronto oyeron una voz celestial que les dijo: «No se descubra ni se toque el sagrado cuerpo.» Notificada de este modo ostensible la voluntad del Cielo, entraron con suma

reverencia Pedro y Juan, y asiendo el cadáver por los lados de la túnica, lo colocaron, sin tocarlo, en el ataúd, quedando descubiertas solamente las manos y el rostro, tan hermoso y atractivo éste como lo fuera en vida, y fueron á darle sepultura en un sepulcro nuevo situado en el valle de Josafat, cerca de donde habían sido enterrados sus padres Joaquín y Ana y su esposo José, próximo al huerto de Getsemaní, en la falda del monte Olivete. Acudió á este solemne acto casi entera la ciudad de Jerusalén.

Hízose la procesión llevando los apóstoles en andas el cuerpo, acompañados no sólo de innumerables judíos de ambos sexos y de muchísimos cristianos, éstos con cirios encendidos, sino también de multitud de coros angélicos. Durante la carrera quedaron sanos cuantos enfermos se aproximaron al féretro, y se convirtieron muchos judíos y gentiles. Llegada la procesión al valle, los mismos Pedro y Juan sacaron del ataúd con

suma reverencia el cadáver y lo colocaron en el sepulcro, cerrándolo con una losa, y después volvióse todo el acompañamiento á Jerusalén, derramando lágrimas de dolor. Por acuerdo de los apóstoles, algunos de éstos y unos cuantos discípulos quedaron custodiando el sepulcro, el cual era visitado con frecuencia por los fieles, movidos de su piedad y alentados por la esperanza de que el Señor obraría algún singular prodigio y portentosa maravilla en el cuerpo incorrupto de su virginal Madre.

A los tres días de la muerte descendió del Cielo Cristo, acompañado de multitud de ángeles, llevando á su diestra el alma de la virgen, y por voluntad expresa del mismo el alma se introdujo en el cuerpo, que quedó resucitado y glorioso con los dotes beatíficos de claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza, por cuya virtud María salió del sepulcro en cuerpo y alma, sin romper ni remover la losa. Tuvo lugar la resurrección gloriosa.

de María el quince de Agosto, á la misma hora de la resurrección de Cristo, habiendo permanecido el sagrado cadáver en el sepulcro treinta y seis horas, igual tiempo que había estado sepultado el de su sacratísimo Hijo. Divinamente inspirado Pedro, reunió ante el sepulcro el Colegio Apostólico y gran número de discípulos y fieles, y manifestó que habiendo cesado los cánticos que se oyeran desde el momento del sepelio, debía piadosamente suponerse que el Señor había resucitado á María, y, previo asentimiento general, el mismo Vicario y Juan removieron la piedra del monumento y encontraron el sepulcro vacío, con la túnica en la misma posición y pliegues que tenía cuando cubría el sagrado cuerpo, la cual llevaron á Jerusalén, dando fervorosas gracias á Dios por la milagrosa resurrección de María.



X

ASUNCIÓN DE MARÍA Á LOS CIELOS.— SU CORONACIÓN GLORIOSA

María salió del sepulcro triunfante y resplandeciente de hermosura y subió á los Cielos con su Hijo santísimo. Multitud de ángeles les acompañaban por las regiones etéreas, los cuales, divididos en coros, cantaban con dulce y melodiosa voz en estrofas alternadas, el siguiente himno de gloria:

«Levantaos, Príncipes, de vuestros tronos, y alzaos, vosotras, puertas eternas, que viene el Rey de la Gloria.

»¿Quién es el Rey de la Gloria?

»Jesucristo, Príncipe de la paz y Rey inmortal de los siglos.

»Levantaos, Príncipes, de vuestros tronos, y alzaos, vosotras, puertas

eternales, que viene la Reina del Cielo.

»¿Quién es la Reina del Cielo?

»María, Madre de Dios y de los hombres, y Reina de los ángeles y serafines.»

Jesucristo y María entran triunfantes á la cabeza de los ángeles en el Cielo, espacio inmenso inundado de clarísima luz, y donde impera en toda su fuerza y poder la más preciada de las virtudes divinas, el *amor*, cadena de oro que une á todos los bienaventurados entre sí y á todos ellos con Dios. Una primavera eterna reina en aquella santa región, bañada de aire purísimo, y donde todo respira felicidad sin límites. La vida en esa Jerusalén celestial es la salud sin enfermedad, la libertad sin servidumbre, la hermosura sin fealdad, la inmortalidad sin corrupción, la inteligencia sin error, la seguridad sin temor, la alegría sin tristeza, la paz sin molestia, la pureza sin mancha, el amor sin desvío, la eternidad sin limitación, la fe-

licidad absoluta, término de toda aspiración humana y angélica. Diversos lugares, todos amenísimos, igualmente bañados por la radiante luz desprendida del trono del Altísimo, ocupan los bienaventurados, según los méritos contraídos. Allí están los santos que la Iglesia llama *Confesores*, adornados con los atributos correspondientes á las virtudes que practicaron durante su vida mortal; otro sitio ocupan las vírgenes vestidas de blanco, símbolo de la pureza de sus almas, y coronadas de inmortales rosas y perennes azucenas; en otro están los justos de la antigua ley, los Patriarcas y los Profetas; espacio más alto habitan los gloriosos mártires empuñando las palmas como trofeos ganados valerosamente en batallas sostenidas en defensa de la fe contra las potestades del mundo; en paraje especial se divisan doce refulgentes tronos reservados al Apostolado, ocupado entonces tan sólo uno de ellos por Santiago; sobre estas regiones, y

cerca del supremo Cielo, están los espíritus angélicos divididos en tres jerarquías y cada una de ellas en tres órdenes, comprendiendo la primera los *Serafines*, los *Querubines* y los *Tronos*, la segunda las *Dominaciones*, las *Virtudes* y las *Potestades* y la tercera los *Principados*, los *Arcángeles* y los *Angeles*, mensajeros de Dios: los espíritus de la primera jerarquía constituyen el ministerio especial de la persona del Padre, los segundos del Hijo y los terceros del Espíritu Santo; y todos ellos cantan eternas alabanzas y entonan incesantes himnos á la Beatísima Trinidad. Dice el Apocalipsis que no puede contarse el número de los escogidos que hay en el Cielo, y Daniel refiere en sus profecías que millares de millares sirven al Señor de la majestad y diez veces cien mil millares le asisten.

Jesucristo y María pasan triunfantes de gloria por estas sucesivas esferas, bendecidos y aclamados por los habitantes de la Jerusalén celestial y

llegan hasta el excelso trono del Altísimo. Postrada María ante su acatamiento, Jesucristo, el Verbo encarnado, segunda persona de la Santísima Trinidad, pronuncia el siguiente discurso:

«Padre Eterno y Omnipotente Dios: Os presento á María, la Virgen de Nazareth, la criatura predilecta vuestra, la que desde toda la eternidad, Vos con vuestro poder, yo con mi voluntad y el Espíritu con su amor destinamos para madre mía, para arca santa y sagrario del Dios-hombre, que había de librar y rescatar al mundo de la esclavitud del Infierno. Notoria es á vuestra infinita sabiduría la singular manera como durante su vida mortal ha correspondido á las gracias con que vuestra liberal mano la dotó. Inmaculada nació, inmaculada vivió é inmaculada ha muerto, herido su corazón de amor divino.

»Es más pura que los ángeles, maestra de virtudes, princesa de virgenes, modelo de castidad, espejo de inocen-

cia y fuente inagotable de caridad. Madre y virgen á la vez, privilegio concedido á ella sola entre todas las mujeres, me cuidó solícita y cariñosa en mi infancia, harmonizando con singular sabiduría y exquisita prudencia el amor maternal á mi humanidad con la reverente adoración á mi divinidad, y durante los tres años de mi vida pública en la tierra no me dejó un momento, ayudándome eficazmente en la conversión de los pecadores y en la propagación de mi celestial doctrina, y cuando llegó la hora de mi martirio, sintió en su virginal cuerpo los acerbos dolores de las cadenas, azotes y espinas, y la amargura del desamparo en su atribulado corazón.

»Finalmente, Padre Eterno, ella ha dirigido solícita y prudente la Iglesia santa que fundé, y tales es el amor y veneración que ha inspirado en la tierra, que todos los moradores lloran su ausencia y la orfandad en que los ha dejado' al subir conmigo al Cielo,

donde Vos le tenéis dispuesto el premio no concedido á ninguna criatura.»

El Eterno Padre contestó:

«Levántate, hija amadisima, y pasa á ocupar el refulgente trono preparado para premio de tus virtudes desde toda la Eternidad. Ciñe en tu frente inmaculada esta celestial corona que simboliza los atributos del Poder, de la Sabiduría y del Amor, como hija mía, madre del Verbo humanado y esposa del Espíritu Santo. Tú serás aclamada bendita entre las mujeres y Reina de los ángeles, de las vírgenes y de los mártires, porque á todos superas en gracia y virtudes.

»Yo te instituyo sobre ese trono Reina y Emperatriz de Cielos y Tierra, arca de alianza, puerta del Cielo, estrella que alumbre á los que peregrinan por el desierto de la vida, refugio de pecadores, auxilio de los fieles, intercesora y mediadora eficaz de los convertidos; y como mi Hijo es omnipotente por naturaleza, tú lo se-

rás por mi divina gracia, á fin de que cuantos invoquen tu patrocinio obtengan la gloria y vivan felices en esta celestial mansión por toda la eternidad.»

Ocupó María desde entonces para siempre el trono reservado por el Omnipotente, trono magnífico sobre toda ponderación, cuyo estrado de sólido jaspe simboliza la fortaleza de María, y cuyo áureo asiento y rico dosel, esmaltado de piedras preciosas, representan las virtudes eminentes de la Madre inmaculada de Cristo: abundan, entre otras, el cerúleo zafiro, emblema de la serenidad de su espíritu; la verde esmeralda, signo de su perseverancia; el encendido rubí, símbolo de su amor divino; el áureo crisólito, de su actividad y celo por la gloria de Dios; el nítido brillante, de su fe y esperanza; el morado topacio, de su virginidad y pureza; el violado jacinto, de su trabajo y constancia por la redención del género humano, y las blancas perlas, expresión alegóri-

ca de las admirables gracias con que Dios enriqueció su alma.

Puesta en pie, radiante de hermosura é inflamado de gratitud su espíritu, repitió entre transportes de júbilo ante toda la Corte Celestial el cántico sublime que en la tierra le inspiró su maternidad divina:

«Ensalza mi alma al Señor y salta de gozo mi espíritu contemplando á Dios, que es mi salvador:

»Porque se dignó mirar la vileza de su esclava, desde ahora me tendrán por dichosa todas las generaciones:

»Pues obró conmigo grandes prodigios el Omnipotente y Santísimo;

»El cual extiende su misericordia de generación en generación entre los que le aman y le guardan santo temor;

»Obra maravillas con su potente brazo y disipa las maquinaciones de los soberbios;

»Arroja del trono á los poderosos y ensalza á los humildes;

»Colma de bienes á los hambrientos y deja exhaustos á los ricos;

»Ostenta su poder ante el pueblo de Israel, su siervo, recordando su infinita misericordia;

»Según prometió á nuestros padres, á Abraham, y en él á toda su descendencia.»

A continuación los innumerables coros angélicos y todos los bienaventurados cantaron el siguiente himno de alabanza al compás de las liras y arpas de oro, de los resonantes címbalos y adufes, de las melodiosas cítaras y suaves queratinas, en acción de gracias á Dios Omnipotente por la gloriosa coronación de la Santísima Virgen:

«A Ti, oh Dios, te alabamos, á Ti por Señor te confesamos:

»A Ti, Padre Eterno, te venera toda la tierra;

»A Ti todos los ángeles, á Ti los Cielos y las Potestades,

»A Ti los Querubines y Serafines con incesante voz te aclaman Santo,

Santo, Santo, Señor Dios de Sabaoth:

»Llenos están los Cielos y la Tierra de la majestad de tu gloria:

»A Ti el glorioso coro de los Apóstoles,

»A Ti la honrosa legión de los Profetas,

»A Ti el brillante ejército de los Mártires te alaban;

»A Ti por toda la redondez de la tierra la santa Iglesia te confiesa:

»Padre de inmensa Majestad;

»A tu adorable, verdadero y único Hijo,

»Y al Espíritu Santo Paráclito:

»Santo, Santo, Santo, Señor Dios de Sabaoth, llenos están los Cielos y la Tierra de vuestra gloria:

»Bendita y adorada sea eternamente la Beatísima Trinidad:

»Glorificada y ensalzada sea María Santísima, Emperatriz de Cielos y Tierra, Reina de los ángeles, Hija del Eterno Padre, Madre del Verbo humanado y Esposa amadísima del Espíritu Santo.»

INVOCACIÓN A MARÍA

Dichosa fué, María, la generación que vivió en tu siglo, porque pudo ver tu hermosísimo rostro; oír la dulce voz de tus rosados labios que, al decir del inspirado poeta hebreo, destilaban miel; aprender de tan sabia maestra la celestial doctrina de tu amantísimo Hijo; contemplar las más que angélicas virtudes que practicaste durante tu vida mortal, y admirar las gracias inefables con que el Altísimo enriqueció tu corazón, las cuales te elevaron á la sublime jerarquía de Madre de Dios. Dichosa fué aquella generación; pero no somos nosotros menos felices, porque embelleces con tu recuerdo el árido desierto de nuestra peregrinación, alivias con tu poderosa protección los dolores de nuestra vida y con tu eficaz intercesión alientas y robusteces nuestra esperanza,

¡Cuán feliz es el hombre que alimenta su inteligencia con la fe y su corazón con la virtud! Si Jesucristo es nuestro compañero y nuestro sustento espiritual en el sacramento de su amor, en el cual se humilla hasta nosotros, y nosotros nos elevamos hasta El, tú nos acompañas también cumpliendo el testamento que hizo al morir, por el cual te instituyó madre del género humano. Y nosotros como Madre te amamos y veneramos, y te reconocemos por Reina del mundo, porque no hay ciudad, no hay pueblo, no hay aldea, no hay casa de familia católica, donde no estés representada por una de tus bellas imágenes: y cuando entramos en los templos de tu advocación y nos postramos ante tus estatuas ó pinturas creemos firmemente que piadosa nos miras, amorosa nos escuchas y solícita atiendes á nuestros ruegos. De tí ha recibido el arte cristiano sus más féculdas inspiraciones; en tí encuentran su bello ideal la sólida piedad, el amor mater-

nal, la casta virginidad, la cándida pureza y todas las virtudes, elevadas al grado de sublimidad y perfección.

Tú fuiste más discreta que Rebeca, más amorosa que Raquel, más paciente que Noemí, más virtuosa que Ruth, más pura que Sciola, más casta que Susana, más caritativa que Abigaíl, más generosa que Ester, más heroína que Judit. Si Ester libró al pueblo de Israel de la muerte decretada por Asuero á instancias de su infame ministro Amán, y Judit cortó la cabeza de Holofernes, general de los asirios, tú has quebrantado la cabeza del enemigo más formidable de la humanidad, Satanás, ángel destronado y sumergido en los abismos infernales, y has roto las cadenas con que tenía aherrojados á los míseros mortales. Llenas están las páginas de los sagrados libros de elogios dignamente tributados á tus virtudes y excelencias, expresados en hermosos términos simbólicos, por los cuales te predicán *Palma de Cades*, *Rosa de Jericó*, *Cedro del Líbano*, *Ci-*

prés de Sion, Estrella de Jacob, Lirio de los valles, Tierra bendita, Ciudad de Dios, Tabernáculo del Altísimo, Mujer fuerte y Madre del amor hermoso, significando que fuiste rica de esperanza, perfecta en amor, casta, humilde, misericordiosa, prudente, modesta, benigna, piadosa, sabia, paciente, heroína, arcano de honor, de dignidad y de mérito y abismo de gracia y de gloria.

Bien lo sabes, Madre mía. Tú eres mi aliento, mi amor, mi vida: á tí dirijo al levantarme mi primer suspiro envuelto en la salutación angélica: á tí dedico mi último pensamiento al entregarme al descanso. En todas partes te veo y te admiro. En las flores contemplo tu hermosura y su aroma me representa la fragancia de tus virtudes; los frutos parecenme brotar á impulsos de tu amorosa bendición; en los risueños valles veo la serenidad de tu espíritu, y el dilatado mar atrae á mi asombrada mente la inmensidad de tus gracias. Cuando en la plácida

Primavera admiro la rosada aurora asomando por el Oriente y trayendo entre hebras de oro el refulgente sol que despide desde su carro triunfal rayos de luz y de vida sobre la tierra, mi imaginación te contempla como celeste Aurora que trajiste en tus virginales entrañas el Sol de justicia y de santidad, que había de alumbrar las inteligencias, disipando las tinieblas de la larga noche del Paganismo, y establecer el reinado de la Paz y el imperio del Amor en el seno de la familia y de la sociedad, víctimas hasta entonces de bastardas pasiones y nefandos crímenes.

Si nadie se salva sino por ti, si por tu mediación se otorgan todas las gracias, alcánzame, Madre mía, la de que diariamente aumente el amor que te profeso; y cuando en el reloj de los tiempos suene la última hora de mi vida sobre la tierra, cuando mis apagados ojos busquen en la sombra de la muerte tu venerada imagen, cuando mis cárdenos labios no puedan pro-

nunciar tu santísimo nombre, cuando mi consumido corazón esté á punto de exhalar el último suspiro, dame fuerzas para repetir la sagrada frase que aprendiste de tu divino Hijo en la escena del Calvario, *Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu*, y concúceme benigna ante el trono del Altísimo, á quien contigo y toda la Corte celestial adoraré eternamente, bendiciendo y alabando su infinita misericordia.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.	5
I. Preliminares. — Estado del Mundo pagano.—Profecías bíblicas.	7
II. Niñez de María.—Su educación é instrucción en el templo de Jerusalén.	19
III. Desposorios de María.—Su concepción milagrosa.—Visitación á su prima Isabel.	30
IV. Nacimiento del Mesías.—La Circuncisión y la Purificación	43
V. Huída de la Sagrada familia á Egipto. — Regreso á Nazareth. — Infancia y juventud de Jesús.— Muerte del patriarca José	64
VI. Vida pública de Jesús.—Su predicación y milagros.	79
VII. Pasión y muerte del Salvador.	123
VIII. Soledad de María.—Resurrección y Ascensión de Cristo.— Venida del Espíritu Santo.—El símbolo de la fe como fundamento del Cristianismo	149
IX. Venida de María á Zaragoza.—Su permanencia en Efeso.—Regreso á Jerusalén.—Su muerte y resurrección	171
X. Asunción de María á los Cielos.— Su coronación gloriosa.	196
Invocación á María.	207

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la obra titulada *MARÍA DE NAZARETH*, escrita por el Dr. D. Ramón Manuel Garriga y Nogués, Catedrático de esta Universidad literaria, mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de la obra y entréguense dos ejemplares de ésta, rubricados por el Censor, en la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado.

Barcelona 14 de Abril de 1897.—*El Vicario general*, FRANCISCO DE POL.—Por mandado de Su Señoría, DR. JAIME BRUGUERAS, *Presbítero, Secretario*.

ARCHIVO
MARIANO

—
Biblioteca

VOLUMEN N^o . . . 2089



M. J. G. B. C. D. E. F. G. H. I. J. K. L. M. N. O. P. Q. R. S. T. U. V. W. X. Y. Z.